andrea
fernández
plata

jarroa



andrea
fernández
plata

jarroa



Y si la mar embravece no temas, Flora. No temas, Flora.
Que tú eres la preferida de las mujeres entre las olas.

Canción de mi abuelo a mi abuela

Ser isla

El sol se hunde en el mar como una galleta.
Hoy he dormido frente a él como un muerto.
Aquel marinero recoge el risón y ondula la cuerda
en eses verticales.

El cielo se llena de colores de uva blanca.
Me quedo quieta hasta que me da frío.
Ahora solo se ve la grupa, la cacha, el cachete, la isla
flotante y efímera
que volverá a salir mañana.

Por el camino de la Abilleira se oyen voces de fondo. Hay ventanas cerradas, hierba que crece salvaje y desordenada entre las piedras. Crece todo en este pueblo con paciencia de leche hervida. Me miro los pies mientras voy recorriendo el pasillo estrecho de losetas y muros nuevos al lado del pozo. Me miro para sentir que soy yo la que camina. Baja una señora cargando la compra, con la cabeza arqueada de un bastón. Subo la calle que lleva a casa y dejo atrás la puesta. Ahí siguen el mar, el barco, la playa y los pájaros de la noche, que hacen brillar los últimos rayos de luz sobre sus nucas.

Al entrar en la cocina, la fruta ya no parece la misma, está como pintada en un cuadro. Desde que murieron mis abuelos la casa se ha quedado esperando a que pasen las horas como si no fuera con ella la vida. Soy la primera que la habita después de tanto tiempo. Mi maleta sigue intacta en la habitación y el vaho entre los cristales empaña la vista del jardín. Es como si lo

mirara a través de la niebla que deja un barco. Sobre la mesa de la cocina, una pinza sujeta los cereales al igual que alguien se sujeta el pelo en otra parte. Una taza, una cuchara y solo una silla usada de las cuatro que hay. Todo lo que se apoya en el barniz viejo de la mesa deja su huella de humedad y calor. Se graba el plato, se graba la gota de leche, se graba el paño mojado. Podría volver a describir todo lo que estuvo dentro de la casa de mis abuelos. Las patatas doradas y el olor a pescado. Los pedazos de nécora que saltaban del plato, trozo de pipas. El semicírculo violeta de vino tinto hecho con el compás del vaso. Los huecos todavía templados que dejaban las patelas de abuela en el sofá de cuero marrón mientras espiaba la acera detrás de la cortina cuando oía ruido, y que después intentaba borrar planchando con la mano. Abuela sentada de rodillas con el mirar de una niña curiosa.

Me siento pegada a esta isla como un chicle a la tripa de una mesa. Mi carnet debería certificar que soy un ser acuático, como los mejillones. De noche me colonizan todas las fotos en movimiento que se han quedado en mi cabeza. A veces sueño con soltarme, como los globos de feria, y, convertida en un personaje trucado, flotar por encima de las cabezas de los niños del pueblo, verlos dar saltitos para intentar cogerme, mientras yo, isla completa, me voy en busca de otros mares. Desde el aire vería la casa de Lupe y el pozo tapado por las hortensias, la taberna de Elcinia con las cajas de gaseosas amontonadas en la entrada, las botas de los vecinos secando en el piche de baldosas verdes y azules. A Lolita vendiendo pescado con su carro de dos ruedas y el pelo apretado en un moño brillante. El laberinto de Berta y el limonero. Niños chillando al aire libre. Las cuerdas de la ropa llenas de sábanas y bragas color carne. Las señoras mayores camino de la iglesia con el pelo corto y ahuecado por la laca, haciendo de nido de las palabras que guardan dentro. La huerta de tía Carmen. Patos secándose al

sol en Semuiño. El puente, una columna vertebral con escoliosis en su intento de llegar al continente.

Pienso en si se puede desarraigar a alguien de esta tierra. El cuerpo hecho tubérculo, arrancado con la destreza con la que se recogen las zanahorias. O si para ello tendría que subir cada vez más alto, volar, hasta que la isla fuera solo una sombra y no tuviera dónde posarme.

El otro día tía Carmen me enseñó un vídeo de una urraca intentando colarse por la ranura de la ventana del baño. Parece ser que el pájaro va todos los días y llama con el pico como se llama a la puerta. A veces estrella su pecho contra el cristal en un acto desesperado y abre mucho las alas, como si estuviera abriendo mucho los ojos. Me pregunto si en realidad, más que entrar, lo que desea no es salir corriendo.

El futuro de vuelta

Mi futuro medía lo mismo que la huerta de las margaritas. Fue suficiente para pagarme unos estudios en la ciudad que al final de poco sirvieron. Yo creía que el espacio se medía en metros cuadrados y sentía que la isla me apretaba. Que el pueblo me iba a enterrar con todos esos fuegos que tenía adentro. No me dejaría ser volcán, me saldría pelo blanco antes de tiempo y las lumbares cogerían los dolores de agacharme a limpiar el campo, las hierbas de la acera. Y tuve miedo de que se me olvidara lo que me hacía feliz, de tanto enraizamiento que había en el pueblo. Como la hermana de mi amiga Lupe, que se quedó a cuidar de la familia y nunca salió fuera. Cuando murió su madre, dejó de salir hasta de casa.

El día que crucé el puente para marcharme de la isla, el viento era una madre diciendo no te vayas. Soplaba en contra.

Me marché a la ciudad con dieciocho años para intentar vivir del arte y acabé mis últimos meses vendiendo en un puesto en la calle. se busca dependienta para tienda de artesanía. Así decía el anuncio de la farola al que le habían arrancado un par de números cuando lo vi por primera vez. El puesto no era otra cosa que una tabla con dos caballetes y una lona echada encima de cuatro palos frente a la estación del tren. Cuando llovía, la tela hacía balsa y tenía que agacharme para que no me tocase la cabeza. Si no había nadie cerca, la empujaba con cuidado desde abajo y el agua se escurría por los laterales de la lona. Caía en cascada conmigo guarecida dentro, entre carteras bordadas y joyería de chatarra. Era lo más alejado a la visión de ser artista que me había hecho camino a la ciudad, pero lo

que ganaba me daba para pagarme el abono transporte y las cenas en el italiano. De postre siempre pedía el volcán de chocolate derretido. 4,99.

No era la única a la que le habían prometido otra vida y se había despertado con los dedos arrugados del frío por hacer horas extra vendiendo en la calle. A mi lado había una carpa con una estructura más sólida en la que trabajaban otras chicas como yo, secuestradas por alguna promesa.

La tarde en la que la prima Nelita murió, lo primero que sentí fue alivio. No por su muerte. Casi no la conocía, aunque era la prima de mi madre y el parentesco hacía que la pena también se extendiera.

Ir al entierro suponía volver a la isla.

Ahora que cruzo el puente, camino de enterrar a Nelita, pienso en mi vida prometida como si hubieran vendido asientos de más en el avión y al llegar a mi sitio ya estuviera ocupado. Un asiento azul, flamante, en el que te imaginan viajando tus padres desde que te perforan las orejas a los dos días de nacer. Una vida que empieza regalándote escoliosis a los diez años por llevar la mochila cargada de libros y deberes que nunca terminas. Te castigas quedándote en casa mientras la vida pasa fuera y se cuela por la ventana que has dejado abierta. Solo un poco, para que no entren los mosquitos, lo suficiente para no ahogarte con tu propio aire. Y te suda la piel, el hueco de las rodillas, las nalgas, de tanto esperar sentada. Pero te repiten que tienes talento, que si te esfuerzas podrás vivir de lo que quieras. Te cuentan promesas que ellos también compran y se te quedan grabadas como la catequesis. Te hablan de un futuro abundante y tú te lo crees. Y al final es como el cerdo de la Elcinia, que llevaba una espiga colgada de un palo para que echara a andar el animal, pero nunca se la daba.

Veo la isla y reconozco el olor como si no me hubiera ido. Meto la mano en el bolsillo furado, repaso el roto con la uña. Ahora ya tengo. En la ciudad me las mordía. Antes de venirme dejé de hacerlo. No me gustaba en lo que me estaba convirtiendo, menos aún quería comer de aquello. Dedos cercenados sobre todo durante las horas en el puesto del mercadillo. Las horas esperando en pisos disfrazados de oficina, pasando fases, recibiendo halagos, esperando alguna contratación. Las prisas de la ciudad, la incertidumbre, demasiada gente buscando, sus caras invadiendo todo como el polen que se desprende. Vivir extrañada, sentir que no dejaba de correr hacia ninguna parte, un boquete en la boca del estómago, un movimiento de batidora, bien adentro.

La mitad de mi dedo se cuela ya por el descosido de la chaqueta. Quiero hacer fuerza y que se haga más grande, colarme toda. Hacer un agujero como hacía mi padrino en la cáscara de los huevos que robaba de los nidos. Con una caña soplaba y lo de adentro salía intacto. Los huevos de jade de los cuervos, los huevos moteados de las pejas, los castaños de las asoras, los blancos de las gaviotas. Que alguien sople y me saque intacta.

El mar está picado y empuja montañas de sal contra las quillas de las dornas donde algunos marineros trabajan con el raño. En la playa las mariscadoras en medialuna entierran las manos buscando almeja roja, san, fina, japónica, sin importar que el viento también las empuje a ellas.

Ya no sé qué busco. Soy un cristal sin punta que brilla en medio de la playa. El futuro me ha devuelto como devuelve la marea lo que no le pertenece.

Detrás de la prima Nelita vamos varios coches en cortejo fúnebre hacia la isla. Parecemos una fila de procesionarias cruzando el puente.

El entierro

Muchos años antes, la noche que abuelo murió, la casa se llenó de flores, olor a sopa y ruido. Yo tenía las gafas empañadas de los nervios y me agarraba a la falda del colegio como si fuera lo único real. La bastilla de la falda engurruñada en la mano como un papel viejo que no era capaz de tirar.

Por las esquinas aparecían mujeres derretidas como cirios. Otras se fundían en las sillas mirando cada detalle, atentas al dolor ajeno. Las vecinas plañideras llevaban el clínex arrugado en la mano o en la manga, siempre seco. A veces lo dejaban suspendido a medio camino de la cara como una bandera de la paz, mientras se entretenían cuchicheando. Habían sacado entradas en primera fila y no querían perderse nada. Algunas no se iban hasta tarde, convirtiendo el velatorio en una verbena. Un teatro lleno de figuras que hacían que te sintieras todavía más lejos de tu cuerpo. Un astronauta persiguiendo un cacahuete.

Las que de verdad penábamos llevábamos la inundación por dentro. Nos convertía en animales pesados, acuáticos. Flotábamos en una pecera a la vista de todo el pueblo. Nuestros cuerpos se movían como las sábanas del patio. Cada pasito era más lento. Las palabras se olvidaban una vez dichas y todo sucedía con la extrañeza que se da en los sueños.

Habían desmontado el cuarto para representar la escena. Donde antes estaba la cama, había una caja abierta. Y dentro guardado, mi abuelo, con una sábana con puntilla que lo cubría como a un santo de los que se levantan en brazos y la gente adora y le acercan niños para darle besos. Eso sí lo hice. Por

entonces se podía abrir la caja y al tocar la mejilla su piel todavía era elástica y estaba templada. Pareciera que se hubieran dejado la puerta abierta y por ahí se le escapara el alma de noche. Cuando la cerraron, solo pude apoyarme en el cristal. Me pegué mucho para verlo de cerca y mi cara se reflejó brumosa encima de la suya, como una veladura. Me quedé un rato largo esperando con la ilusión de que abuelo, que parecía un muñequito dormido, moviese alguna ceja, los agujeros de la nariz, las orejas.

Al terminar el entierro nos fuimos a la cama. La casa estaba apaciguada y rara. Abuela respiraba como si se fuera a quedar sin aire. El camisón se inflaba y la cadenita de la virgen subía y bajaba y después se paraba unos segundos. Lloraba bajito y murmuraba cosas. Tenía las manos apretadas contra el pecho y las abrazaba como si estuviera escondiendo algo. Nos quedamos dormidas con las caras de frente, las narices muy cerca, respirando el aire que la otra echaba.

En mitad de la noche me despertó haciéndome una pregunta desconsolada que no recuerdo y me enseñó una pequeña foto de carnet con la cara de abuelo de antes de que se pusiera enfermo. Parecía una de esas madres que salen en la tele agarrando la imagen de algún ser querido al que acaban de perder, reclamando justicia, que se lo devuelvan.

Durante los días siguientes me dediqué a abrir el armario y oler la ropa que le había pertenecido y todavía guardaba su olor. Sus gorros del mar, la bufanda, jerséis enormes que me ponía encima de los míos. Esa ficción de poder llevarlo a la vida durante unos segundos, la punzada entre las costillas que llegaba después tenían algo de adictivo.

Me enluté con mi abuela y empecé a juntarme con ella y sus amigas en la cocina para pasar la tarde escuchándolas hablar de cosas que me sonaban lejanas. Tazas llenas hasta el borde de papas de maicena para merendar, los carrillos llenos de puré

blanco, el repiqueteo de las cucharas metálicas en la cerámica. Historias de las que no formé parte contadas en bucle.

De casa de mi abuela al colegio y del colegio al cementerio, de ganchete a cambiar las flores, a dejar todo arreglado.

Al año siguiente repetiría todo esto sin ella.

La ropa ya no sería oscura, solo vieja. El camisón de mi abuela, la bata con la que andaba dentro de casa, la blusa abotonada de los domingos. Me disfrazaba con la ropa de los muertos, pero ellos no decían nada. En el pueblo pensaban que el fuego era la luz de los que ya no podían ver, y yo jugaba a encender una vela cuando mi madre se iba de casa. Me ponía delante de la llama y hablaba con mi abuela como si la tuviera enfrente.

La prima Nelita se había marchado hacía más de cuarenta años para ganarse la vida fuera. Como si dejara de ser tuya la vida en el momento en el que sales de la cueva de tu madre. Ahora retrocedía en una caja de pino los setecientos kilómetros que la separaban de su primera casa en la isla, la verdadera.

Muchas tardes, desde su piso en el continente, Nelita se imaginaba en el pueblo, resguardada en el marco de la ventana. Decía que veía a las gaviotas cuando el mal tiempo las echaba a la tierra y a los gorriones comiendo los trozos de gramón seco de su jardín. Dando saltitos como si fueran fichas y alguien los estuviera moviendo con la mano. Entonces abría la ventana para saludarlos y desde la calle la miraban y le decían la Loca. Pero ella, cuando miraba así, sentía que tenía ante sus ojos la huerta del vecino y la ropa colgando como banderas desteñidas al sol. Las coronillas por encima del muro de las que subían al cementerio y las que bajaban a la compra. Y al hacerse de noche imaginaba el sol moviéndose, dejando una estela amarilla, anaranjada, roja y después azul. Tantas

veces había visto eso de niña que le parecía imposible dejar de verlo.

Y cuando la pena era grande, se escribía cartas a sí misma, que era la única persona de la isla que tenía cerca, la única que había visto la isla en el momento en el que ella la recordaba. Le hablaba a una Nelita joven que le parecía que seguía allí, esperándola. Arrastraba cada letra con cuidado, sin separar nunca el bolígrafo del papel. Curvándolo como si le soplara el viento que ya no sentía entre los bloques de la ciudad.

Le han salido los tomates al rosal. Ya sé que no se dice así, que a ti te gusta que llame a las cosas por su nombre, pero es que escaramujo me recuerda a lo que comía con mi abuelo en verano. Los caracolillos esos que crecían en las rocas y que había que cocer y sacar con una aguja atada a un hilo, para que no se perdiera. Yo escarbaba con el palito y salía un cuerpo brillante y negro, de gusano. Lo comíamos de una vez y las conchas se iban amontonando en el plato como pipas. En el centro de la mesa estaba la olla apoyada sobre un trapo. Y de la olla salía un humo muy banco y denso que nos ocultaba las caras, las dejaba pegajosas del calor. Toda la cocina olía a mar.

Estos días el barrio está verdecido, las hierbas crecen por encima del hormigón y he encontrado ombligos en los muros del parque. De esos que salen sin que nadie los tenga que plantar. Creo que te gustaría verlos. Ya sé que ahora me dirías que para qué, si casi no salgo de casa, pero la pereza es una costra que no puedes arrancarte a destiempo, porque luego vuelve a salir. Hay que dejar que se endurezca y caiga sola. Si me invitas, yo me vuelvo unos días. Y te llevo a ver el campo y subimos a la roca grande que te gusta y vemos los barcos pequeños y las uñitas de las olas que cambian de dirección con la marea. Y si hay suerte quizá podamos ver algún arroaz saltando. Quién sabe. En realidad, te escribo

porque quería contarte algo que he visto y que me tiene la cabeza aturullada de tanto darle vueltas. Me ha salido una mancha en el costado. Ya sé que eso no quiere decir nada, que son cosas de la edad. Pero es que he visto el pueblo dentro. Que sí, que te digo la verdad. Vi colores espigados y no eran los colores de la sangre. Había rojos y amarillos y azul oscuro y azul clarito, como el que usan para pintar las barcas pequeñas del puerto. Y los colores se trenzaban y parecía que se estuvieran moviendo. Y no, no veo mal. No me lo he inventado, no exagero. Te digo que al apretar la piel ya no era rosa, que parecía que tuviera la piel de cebolla de lo clarito que veía yo los colores ahí, unos encima de otros, nadando. Yo no sé hasta dónde llega esto que tengo. No sé dónde lo he cogido si ahora casi ni salgo. Pero escúchame lo que te digo, que es como si la isla se me hubiera metido dentro. Que sí, que tengo los olores de fuera. El otro día se me pegó el olor del piche a la nariz y no se me iba. Ese que le sale a las chalanas cuando las arreglan en la orilla y les da el sol de pleno. Y al doblar el cuerpo allí estaba, el olor a madera barnizada. Y es verdad lo que te cuento. Me froté la piel y la primera vez me quedó en los dedos un aroma que no era de piel. Duró apenas unos segundos, luego se fue desinflando y ya no volví a oler nada más. Ayer mismo andaba con las zapatillas de casa un poco incómoda, no me paraban los pies. Y cuando me las quito, qué crees que encuentro. Restos de arena. Y yo hace años que no piso la playa.

Cuando los hijos iban a verla la oían hablar en voz alta, discutir con la comida como si fueran compañeras de piso. Es para que no se me olvide la voz, les decía. Los hijos recogían las cartas que estaban dirigidas a sí misma. No sabían a quién enviarlas. Mamá, tienes que poner el nombre. Entonces Nelita movía la mano quitándole importancia y les respondía que ella ya sabía.

El entierro de Nelita fue como el de los abuelos, como el de todos. La caja a hombros de la familia hasta la iglesia, con el pueblo entero detrás como una cola. La madera de la caja brillaba sobre los hombros de sus hijos que iban vestidos según había dejado por escrito. Instrucciones para la vida cuando ella no estuviera.

Voy en la marea de cuerpos biselados por la luz dorada de las tardes previas al verano. Camino detrás de un bosque que se mueve. Somos un animal silvestre, un ciempiés, una escolopendra llevando la ofrenda de Nelita.

El sol escuece y con los ojos entreabiertos tengo una visión de pantalla de cine, y cuando miro así sé que lo que veo se me está grabando en algún lado, aunque yo no quiera.

Miro hacia abajo y veo los pantalones de pinzas por encima de los tobillos que se mueven como la resaca del mar, adelante y atrás. Los pasos cortos de las señoras que señalan con los pies hacia fuera, haciendo tintinear todo el cuerpo, sorbiendo la pena que gotea detrás de la caja.

Después de hacer la vida lejos, Nelita quiso que su cuerpo quedara enterrado en la isla. La gente de aquí no se marcha, aunque hayan construido un puente. Y si lo hacen, siempre vuelven, ya sea en vida o con los pies por delante.

Esta isla ata y amamanta como una madre colectiva.

Cordón umbilical

En mi primera noche de vuelta a la isla el viento sopla como un arrullo. Los años en desuso han aflojado las ventanas, que ya no cierran bien, y la casa de mis abuelos silba. Mi madre deseaba tenerme de vuelta. Preparar mi cuarto de adolescente, planchar las sábanas, levantarse por la mañana y hacerme un zumo de naranja. Sacaría con cuidado las pepitas y dejaría la pulpa dentro del vaso para que también la comiera. Después le pondría una servilleta encima para que no se le fueran las vitaminas. Pero yo no estaba preparada para eso. No habría podido soportar mi propia decepción. Insistí en dormir en esta casa vacía.

Después del entierro siento los nervios de cuando era pequeña y vivía aquí con mis padres, antes de que comprasen aquel pisito cerca del puerto donde la nortada sacudía las ventanas. El tiempo era algo ajeno a nosotros, que sin embargo nos pertenecía.

Fuera los grillos cantan su coro misterioso porque no quieren que nadie escuche lo que dicen de verdad, por eso su cri cri para despistar. Cuando estás muy cerca se callan dejando más silencio del que había antes.

El mar suena a algo que se deshace, una pastilla efervescente en un recipiente pequeño colocado al lado de la almohada. Entonces me deshago yo también. Sueño que duermo en una vaina tierna y verde de mazorca mientras en mi cuerpo se va tejiendo un cordón umbilical nuevo. Una cuerda con las que se atan las barcas pequeñas, que sale por la ventana y se pierde en la negrura de la noche. A salvo de los pájaros del día.

De noche

De noche no se barre ni se silba porque llamas al trasno.

Se cierran los ojitos aunque no tengas sueño y se espera sin hacer ruido a que la oscuridad pase y jabee por encima de la casa, del limonero, de la cama.

Las calles están hechas de muros discontinuos y aceras llenas de liques, de penedos que elevan el pueblo a diferentes alturas y hacen que las pantuflas apoyen mal y que sea imposible andar en línea recta.

Burato, buraco, butefa.

Pitota es preciosa aunque tú no lo entiendas. Pitota era preciosa en una lengua infantil que tropezaba y no salía entera. La urgencia, el deseo de verbalizar el amor en una palabra, nombrarlo de vuelta. Pitota, qué pitota eres. Aún hoy la llamamos la tía Pitota.

Cuando sopla viento norte las barcas se revuelven en un asiento que no les resulta cómodo. El mar las empuja, las marea, se pica. Sube y baja cada nueve horas.

En la puerta de Elcinia, la taberna donde mamá y tía Carmen compraban natitas y tetudas para merendar, donde yo solía comprarme los polos y los pastelitos de chocolate Martínez, en la entrada, hay una panera con huevos de casa esperando a que los recojan.

Aquí hay laxes, rocas gigantes medio enterradas en las calles del pueblo. Sobresalen lo justo para darles un nombre. A Laxe do pan, las casas baratas, las casas de los marineros. Las casas hechas de arena de playa y palitos y trozos de conchas masticados por las javiotas, que no jaivotas. Aquí vuelan

distinto. Arena peneirada sobre el suelo de hormigón pobre. Después el truque, un dedo que traza una línea que separa el tiempo real del tiempo soñado, aquel en el que el pelo de las muñecas estaba hecho con algas, con limo, con espaguetis, con nori. Y el cuerpo era una piedra con alguna forma no muy grande ni muy pequeña y tampoco muy gorda. Cavar os regos, ir por grillos, sus cantos incrustados en las noches de verano, la puerta abierta. Aquí no se echa la llave. El pozo sin tapa donde nos mirábamos las caras deformadas. Faiado, galpón, alpendre, alboio. Ristras, chuchameles. Lolita tiene cacharretas con agua para los gatos de la calle. Cuando no vende pescado vende roscas de kilo y de tres y canta como su abuela, que ataba redes. Cantaba y ataba redes y se reía y hablaba con la garganta más que con la boca, porque aquí se habla con jota de jato y ese de asúcar.

Talanguera, Ferreriño, Xatalla, Trintrol. Bento o do faro, Bento Corasón. Bento Corasón sabe manejar lanchas, planeadoras, chalanas, pero ahora es portero en alguna casa de alguien rico en el continente.

Lorito, Lorche, Lorchiño, Pichón. Estás feita unha mosa coma unha estrela. Una chica como tú viviendo sola. El hombre y la mujer están hechos para estar juntos. Me preguntan si no estoy casada cuando voy a comprar fruta y queso del país.

Punta cabalo. Ese señor que pita no es de aquí, se le ve porque trae la prisa y eso son costumbres de los de afuera, porque aquí vamos a modo. Aunque llueva, aunque te enchoupes.

En la Abilleira hay una barca. En la Abilleira hay una barca que dejaron morir encima de un con. A veces le llevan flores.

Ida y vuelta

Al principio hubo un camino, una línea ondulada de tiempo.

Hubo unas ganas. Un sedimento de tierra arada. Una semilla.

Al principio hubo tiempo y aire y bailes improvisados y una marea que nunca estaba quieta. Hubo un hogar, una cima y un lápiz para escribir la historia.

Hubo juego, disfraz, besos y descanso.

Ahora, justo debajo de tu cama, a dos palmos de donde dejas las zapatillas, se esconde.

A veces te sopla en la nuca, como el viento de verano.

A veces te agarra de los hombros y te hace andar más despacio. Otras, te sienta en la silla. Demasiado tiempo. El miedo es un muelle y tú una carga de setenta kilos que sale rebotada a la velocidad de la luz.

El miedo, mamá, es un búmeran.

Os medos foron pobo

Esta niña tiene los ojos muy grandes. Lo más grande que tiene son los ojos. Mira qué larga es. Mira qué manos. Mira cómo abre los ojos para que el mundo se le meta dentro.

Mi melena es un puente colgante. Durante años mi melena me une a la tierra, a mi madre, a mi propio cuerpo. Me gusta enredar el dedo índice en el pelo y frotarlo como cuando hace frío y restriego los pies dentro de la cama. Si tengo miedo también enrosco el pelo, hago un caracolillo y aprieto, mientras la yema se me hincha y se vuelve aún más roja. Un incendio controlado. Si estamos juntas en el sofá, acurruco mi cabeza en el pecho de mi madre y siento el tacto húmedo de sus mechones lisos en medio del jersey. El afluente de mi madre desembocando en mi mejilla. Antes de que naciera mi hermana, cuando me quedaba dormida en el sofá, mi madre me cogía en brazos para acostarme. Las puntas de su melena caían como enredaderas en la cara, me hacían cosquillas. Eran la última parte de mi madre que me daba las buenas noches.

Tantos días tirada encima de la cama de mi madre, sobre una colcha de flores rosas y grises que brillaba como si tuviera el sol encima.

Yo la esperaba mientras ella hacía sus cosas fuera de la habitación. Enfrente había un espejo que reflejaba mi cuerpo pequeño. La eternidad en la cama de mi madre.

A veces se ponía a bordar apoyada en el cojín de al lado, a veces contestaba a mis preguntas o me leía algún cuento.

Después el abrigo, rodeada de su cuerpo y el sonido lejano de la tele. Quedarme dormida debajo de su ala. El baile

coordinado en la noche para darnos la vuelta y quedar siempre abrazadas la una a la otra.

Pienso en cuando mi madre no esté, aunque me cuesta imaginarme sin ella. Los días que llevo de vuelta en la isla me palpitan dentro como un corazón que quisiera escaparse.

Cuando me marché a la ciudad, las casas de allí no eran casas, como en la isla. Puertas sin la llave echada, cancillas a la altura de la cadera que todo el mundo podía saltar, atravesar con el cuerpo, meter el brazo hasta el codo para descorrer el pestillo. La calle no era mi camino de tierra y piedrecitas, las aceras baldeadas con burbujas de lejía que saltábamos para no desteñir la ropa. En la ciudad no había posibilidad de mancharse porque no había tiempo ni espacio para los cuerpos. Todo exigía un movimiento falso, continuo. El continente no era un lugar al que llegar, no había un horizonte porque estaba tapado.

Y entonces mi madre, un órgano invisible mandando impulsos eléctricos. Mi madre, en la punta de la lengua. Pedirle permiso en silencio antes de hacer cualquier cosa como cuando le pedía perdón a Dios.

Soltar mi cuerpo en el sofá como quien se quita la chaqueta al llegar a casa y embriagarme. Estar en la calle después de que se hiciera de noche. Beber del mismo vaso. Despegar el precinto de lo inmaculado y gastar las horas sin estudiar, sin encontrar trabajo. Preguntarme para qué. Esconder las preguntas. No buscar. Huir de mi madre pero hacerme un ovillo al llegar a mi piso compartido en la ciudad. Doblar las rodillas por donde estarían las suyas, intentar encajarlas en el hueco de sus corvas. Encontrar frío. Huir de mi madre pero imitar su peso, aprisionando el cojín, echando la pierna encima. Pedir que me protegiese. Llamarla para escuchar mi nombre, para que no se me borrase. Mi nombre en boca de mi madre como el dedo gordo escondido debajo del índice, para

espantar a las brujas.

Y darle siempre las buenas noches. Sentir que eres algo sagrado para alguien.

Pasarme bien la toalla entre los dedos para quitarme la humedad, como lo haría ella. Volver al tiempo en el que todo era posible y en el que aún era una promesa, la posibilidad inagotable. Lo que quieras ser, filliña.

Entender el artificio de la ciudad, las prisas, el espacio que ya no es de nadie. Gente buscando casa, intentando hacerse una casa dentro.

Un día sientes que el chorro de la ducha cae con demasiada fuerza y deseas que caiga floja, un chorrito de baba. Echas de menos el agua hervida del pozo cuando la traída no iba y tu abuela te regaba la cabeza con el cazo donde después hervía la leche. No querer ser más que eso, la promesa al otro lado del puente. La posibilidad.

Volver.

Y otra vez mi madre enrollada en las sábanas de franela y yo tratando de entender la brevedad de las cosas como si pudiera medirlas con una regla. Como si el tiempo ocupara un espacio más allá de la mente y pudiera agarrarlo y pedir un metro más de vida. Un metro más, mamá.

De vuelta en la isla, sigo sin saber qué lugar ocupo en esta medida universal. A veces abandono mi cama de niña grande y subo por las paredes de mi casa como un gato. Desde el tejado pego un salto y me agarro a algún pájaro o nube que pasa y dejo atrás mi casa, mi familia. Vuelvo a ser pequeña, muy pequeña en un universo infinito, un globo espichado en un árbol, una pestañita en alguna mejilla antes de soplar.

Revoltura

Creo que la gente se queda en la isla para no morirse nunca. Hablan del pasado para mantenerlo con vida, con la esperanza de que les pase lo mismo a ellos y que, en un despiste de la historia, la muerte los salte.

Yo también pensé que si no me movía, si permanecía en este trozo de tierra flotante, se estirarían los años y se me quedaría dentro un sabor de infancia sin horarios, de vida en la calle. Una vida de puertas abiertas. Lo llamo el tiempo chicle, porque aquí en la isla la vida va despacio y pasan cosas que no son como las de ahí fuera. Hay pan colgado en las puertas, cestas con huevos que nadie roba y un cuerno de vaca apuntando a la ventana en la panadería vieja. En los entierros, las cajas van a hombros de los del pueblo y, los que no cargamos, vamos detrás, ayudando a sostener la tristeza, parándonos en los cruces de caminos, porque todos sabemos que en esos lugares pasan cosas y es mejor rezar, por si acaso.

Sonido de fábrica, de proyector de cine antiguo, en las ruedas de la bicicleta que Carmucha sostiene con cuidado bajo la lluvia. Cuando salió de casa las nubes parecían borrones en un papel inmaculado. Pudo dar la vuelta, pero confió demasiado en su suerte, así que la lluvia la cogió a la misma distancia de volver atrás que de llegar a la playa. Tendría que mojarse.

Carmucha pedalea mientras el temporal arrastra el mar hasta la acera, porque aquí el mar es un plato, pero a veces el viento lo pone bravo y entonces muerde las barcas, las golpea contra

las rocas y queda el puerto salpicado de algas y trozos de madera.

En la playa, bajo un cielo cuajado, un montón de mujeres arquean el cuerpo para trabajar la tierra. Las botas de goma se hunden en la arena blanda. Carmucha, tía Carmen, señala con el dedo la boca del agujero antes de enterrar la mano, encarta el cuerpo hasta tocar con las palmas en la arena. Rasca la piel de la playa buscando san, fina, japónica. Ella no quiere usar legoña, dice que así las encuentra mejor. Escarba con el dedo índice, el revirado. No se avergüenza, que eso es tiempo vivido y los años no se esconden, dice a sus amigas cuando van a tomar algo. Y cuando coge aceitunas estira mucho el dedo como si echara la caña, para que le vean bien la curvatura. En invierno, sus manos guardan el calor de un nido, menos el dedo índice de la mano derecha, que se yergue como si fuese un palo que busca el agua, y ella lo agarra, lo apretuja hasta que lo pone rojo. El frío le palpita dentro como si su dedo fuese un cuerpo. Su dedo recuerda las horas que ha pasado enterrado, buscando.

Se ven las grupas de las mujeres como montañas salidas del mar. Puntos de un mantel a lo largo del Bao. Delante suya, Sinda llena la cacharreta con la tasa de babosa y la enseña contenta. Sonríe y los dientes se le montan como fichas de dominó. Carmucha mira las almejas, y sus conchas esa mañana le parecen más blancas, como de leche. Se acuerda de las manos temblorosas de su hija, los surcos de la nariz dilatados en una respiración nerviosa, el papel doblado por la mitad, y dentro la frase: Felicidades, vais a ser abuelos. El sonido metálico de las almejas rebotando en la cacharreta la devuelve a la playa. Sinda la mira esperando una respuesta. Carmucha se levanta y van juntas hacia el control de peso. Empiezan a peneirar el lote. Las almejas más pequeñas van cayendo por los agujeritos de la bandeja de plástico. Esas las devolverán a la

playa al acabar la seca. Carmucha quiere poner las manos debajo, que no golpeen contra la bandeja, llevarlas a la orilla del mar y echarles arena por encima como una manta, como una madre, como una abuela.

Empiezan a caer las primeras gotas que llegan de lado por culpa del viento. La lluvia no le mete prisa. Algunas mariscadoras se quejan del mal tiempo. Mi tía Carmen se desdobla y les dice que los temporales hacen falta para remover el fondo del mar. Se necesita revoltura para limpiar lo podrido.

Nordés

Ayer en la playa una niña dijo hablando muy alto, con la alegría de la que presumen los niños sin miedo, que el sol no se pone nunca. El sol, que desfleca la pintura de las casas y las caras de los marineros, donde se abren fallas por las que se escurren los años antes de tiempo. Las manos hinchadas del mar. Las manos que frotan la colada en las piedras del río y siguen frotando al día siguiente. El sol, que siempre está mirando, que nunca se enfría. El mismo de los cuentos que me leían de pequeña. Historias de vidas imaginarias que quizá nunca vea.

Yo sí tengo miedo, por eso cierro la puerta con llave y cuando me meto en cama coloco el pulgar entre los dedos índice y corazón, y aprieto mucho los ojos para no abrirlos. Para evitar mirar a la oscuridad de frente. Algunas noches oigo en la caja de la persiana las uñas desesperadas de algún ratón de campo que se ha perdido. Me despierto con el corazón bombeando en la garganta y enciendo la luz mientras me incorporo como un resorte en la cama. Entonces imagino un montón de posibilidades que nada tienen que ver con la lógica de una casa antigua y sus laberintos. Me fijo en la hora que marca el reloj, inspiro en busca de algún olor que no reconozca como algo vivo. Aprieto los párpados en un tic nervioso. Evito pensar en el tiempo que he gastado, con el miedo aleteando dentro.

Mi madre sin embargo está hecha de la masa de la que se hacen las rosquillas y no tiene miedo a la muerte, a las horas. Ella concibe su vida como algo elástico donde los demás meten

el dedo y se llevan trozos de a poco. Se deja comer y no le importa. Ese es su triunfo. Despegarse de la vida con la misma intensidad con la que se pega a sus hijas. Mamá sabe hablar de la muerte y la define como la cosa más sencilla. Como separar el plástico del papel, cerrar la cremallera, colocar bien las pinzas en la ropa para que no dejen marcas, darle al botón que sube la ventanilla del coche para que dentro todo quede ahuecado y el mundo sea solo un fondo que nos acompaña mientras salimos a comer los domingos.

Intento no mirarme mucho en ese pozo que es el querer irse y no saber a dónde. La mancha en el mantel después de la cena, cuando todo ha acabado. La renuncia de lo que pudo ser. La vuelta al pueblo después de no encontrar ninguna América. Cómo reconocerte en un lugar del que te has ido. Cómo acoplar tu vida a la de las que no quisieron marcharse nunca. No dejo de pensar en que los emigrados no tienen derecho a quejarse. Los que, como yo, pudieron salir y quisieron volver. Aunque no llegara con otra piel, más morena, más blanca. La ropa distinta, anillo en el dedo, hijos. Cosas de provecho para una mujer que ha podido ver mundo, dirían en la frutería con los brazos en jarras. Repasando mi cuerpo en todas las direcciones, susurrando cuando me diera la vuelta, qué pena, a filla de Flora. Tan juapa e tan sola.

La locura tiene que ver con la repetición de una misma. Con un mirar hacia dentro en vez de hacia fuera. Cuando miras dentro, la muerte se hace más presente. Cuando miras fuera, el tiempo es algo invisible que va soplando los días.

Aquí no se miden las horas, la única cuenta la lleva el hombre que vive cerca del faro, en la casa pequeña que hicieron las monjas, al que le llevan comida y ropa de vez en cuando. Una casita del tamaño de un alboio, con el tejado a dos

aguas y las paredes en blanco. Cada tarde sale a pasear y se para en la loma de enfrente para ver cómo el sol se mete detrás de las montañas, allá en el continente. Por las mañanas repite el paseo en dirección opuesta y anota la salida. Cada día, de cada mes, de cada año. La libreta y la caligrafía de un lápiz mal afilado. El registro de la luz que nace y muere.

La repetición de los días cicatriza en algún lugar en el que después es difícil sentarse, pensar, poner un pie delante del otro. La locura se desata en los territorios que no te dejan perderte, que no tienen caminos para que puedas cansarte.

Cómo caminar cuando no puedes andar en línea recta. Cuando el territorio se enrosca en sí mismo. Basta menos de un día a pie para dibujarle el contorno a la isla. Y en cada vuelta algo se enreda dentro, una maraña que se infla con la humedad de los días y las noches entre sal y peces. Un nailon duro de caña de pescar que tira y hace que quieras salir corriendo.

Yo pensaba que las escapadas eran hacia delante, siempre dejando algo atrás, como las babas de un barco. No sabía que también afuera hay islas y realidades que se enroscan, se pliegan, se arrugan. No me daba cuenta de que los que huyen no escapan sobre un suelo firme, ni siquiera pedregoso. Las piedras se golpean, se quiebran, se apartan del camino. Pero escaparse es querer salir de un lugar para meterse en otro.

Lo que dejas no sigue en el mismo sitio al volver, por mucho que lo recoloques. El tapón del vino que te dejaste abierto se ha hinchado con la humedad y ya no cabe en ningún lado.

Esta noche la cancela apareció abierta y el viento se coló mientras yo soñaba con un cielo blanco y terso como la carpa de un circo. La planta del aire salió volando y aterrizó en el

gramón, desarraigada de su punto de apoyo. Una maceta permanece volcada con la tierra fuera, en un charco seco y grumoso, una puñalada del viento del norte que se llevará la lluvia por unos días.

Al salir de casa, los coches de los turistas que recorren el centro se han ido, y fuera solo queda el sonido discontinuo de los carritos de las mujeres que van al mercado. Varias vecinas cantan apoyadas en la ventana de Elcinia.

A saia da Carolina,
ten un lagarto pintado;
cando a Carolina baila,
o lagarto dalle ó rabo.

Y después remiendan la letra y le dicen *a saia da nosa Elcinia*, para verla reír. Le cantan con la mano delante de la boca porque no quieren pasarle el mal que se pasa por el aire. Cantan con la voz de todas las abuelas de la isla. En la entrada de su casa tiene Elcinia el manto de la virgen, una planta de hojas aterciopeladas, verdes y moradas como una herida abierta.

Una mujer sube la cuesta y parece un caballo de los que dibujan los niños de tres años. Una estructura en bloques con patitas finas y estiradas y un gran centro donde cabe todo, hasta una casa. Va cargada de alforjas y rosas al cementerio. Le enciende la vela siempre al mismo amor. Cuando finó el marido, puso el querer en el padre, y cuando este también murió, lo colocó en su hijo. Reemplazando el amor para tener siempre una figura a la que adorar, a la que cuidar, a la que rezar. Le sudan los ojos con un líquido que es un llanto antiguo que no está hecho de lágrimas. Porque las lágrimas nacen y se evaporan en el presente. Ese líquido que le moja los ojos y chupa con el borde de los dedos es un lago que vive dentro,

una humedad que conserva la vida que fue. El cuerpo va madurando y la mujer se deja arrastrar por esas historias que cuentan otra vida, otra felicidad que no parece la suya. El amor se va y siempre será uno.

Cuando el sol ya no calienta, cuando las golondrinas cruzan el cielo de izquierda a derecha, por donde se sale de las historias; al final del día, de todos los lugares posibles, ellas eligen la isla. Las mujeres. Las golondrinas. Y quizá yo también.

La Elcinia

Cuando Elcinia hace la cama, la hace entera y sacude antes las sábanas por la ventana para sacudir también la noche. Después aprieta bien los trozos de tela debajo del colchón, preparando una vaina perfecta para volver a esconderse cuando el sol se ponga.

Elcinia vive cerca de casa de mis abuelos. Todo el mundo la conoce por la casa de los mosaicos. Las baldosas combinan los colores, a veces los colores se separan y crean formas. A los niños les gusta pasar el dedo por encima. De pequeña yo también lo hacía. Cuando jugaba en su fachada ella venía para hablarme, y cuando era adolescente y ya no me entretenía jugando, ella quería que me parara frente a su casa para hacerle compañía. Me contaba cuentos. Non vaias a Barselona, neniña. Prometer hasta meter, me decía. Y levantaba el dedo índice muy erguido señalando el cielo. Yo no entendía, pero me hacía gracia su forma de hablar, la seriedad con la que abría los ojos. En el pueblo contaban que después de aquel novio que tuvo, nunca quiso saber nada más de los hombres.

Todavía tiene el pilón en un cuartito a resguardo fuera de la casa. La puerta es una verja que casi siempre deja abierta. La veo colgar la ropa. A veces se sienta a esperar a que seque. Se pone ella también al sol y cierra los ojos como si quisiera dormirse. Sueña con cruzarse con él por la calle, derramar juntos la leche, coger mala postura en la cama. Notar los pelos que se van blanqueando como una sorpresa o un gran susto. La

poza debajo de los ojos, las horas de sueño que deben. Y aun así el amor. El encogimiento natural de todo lo que antes ocupaba un poco más. Y aun así el amor. Pero sabe que hay ciertas cosas que a ella nunca podrán pasarle. Por ejemplo esa.

Elcinia se lava los dientes, escupe. Agarra la toalla y se limpia pulcramente, empezando por las esquinas, arqueando la boca al terminar. Vuelve a mirarse en el espejo, reconociéndose sin saber quién es en realidad la que tiene delante. Estira la boca en algo que no es una sonrisa solo para ver cómo se le arrugan los lados de la cara, los ojos, los mofletes. Vuelve a su posición inicial de espera.

Desde hace unos meses el cuerpo ha empezado a aflojársele, pero no por la edad. Lo sabe porque cuando se pellizca los nudillos es capaz de agarrarse la piel como si tuviera una miga de pan sobada entre los dedos. Es como si su cuerpo estuviera haciéndole sitio a un cuerpo nuevo, una piel que se le estira para dejar paso a una Elcinia que aún no ha nacido, como si llevara puesto un pijama que todavía le queda grande.

Hoy ha soñado que tenía unas orejas de perro que si se ponía boca abajo le colgaban. Ella, que nunca tuvo las orejas grandes y aun así tenía complejo, siendo la única parte de su cuerpo que nadie le había cuestionado. En su sueño se separaban cuatro dedos del cuerpo. Unas orejas como dos alas sin plumas. Se mira en el reflejo y las aprieta de nuevo para ver si se le pegan un poco más, desapareciendo en el perfil de la cara. Decide moverse de habitación porque sabe que ahí no puede pensar bien. Como si la casa tuviera una corriente que juntara en la misma esquina el polvo y los malos pensamientos. Una pendiente invisible que hace que siempre que está en el baño empiece a pensar raro. Nadie habla de las corrientes de una casa y ella sabe que son de lo más importante. Que hay que saber notar dónde nacen las peleas o los encuentros amorosos, dónde el cuadro queda desnivelado, dónde se duerme bien,

dónde no hay que poner espejos. Luego están las zonas donde todo se adhiere, donde la corriente imanta cosas que no puedes limpiar fácilmente. Zonas donde da más miedo estar. Por eso no es capaz de tirar ese plato viejo con marcas de cuchillo. Por eso, por mucho que barre, siguen apareciendo pelos, restos de uñas, de piel nevada.

Le gusta sentarse en la cocina y en el alféizar de las ventanas, lugares donde se precipita la vida y los encuentros amorosos de las novelas que lee por las noches. Desde allí puede ver algunas casas del pueblo, sus cerdos pastando, el caminito que lleva al río, por donde pasan las mujeres cargadas de ropa blanca y desteñida, los niños, algún hombre. El cuerpo también tiene corrientes, y a Elcinia se le acumulan los anhelos debajo de la falda, adentro de la tapa del ombligo, cuando ve pasar a los muchachos del pueblo.

Cuando no tiene que bajar a comprar a la taberna, se queda sentada junto a la ventana toda la tarde hasta que fuera la noche ya tiene oscuridad de babosa, de planta carnívora. Entonces cierra la ventana y se recoge.

Muchos días, al meterse en cama, sueña que cruza el puente. Va detrás de un hombre que camina delante de ella, muy cerca, casi pegado, y su cuerpo se convierte en un peldaño alto, una barandilla, un panel de metacrilato que la deja ver pero no pasar. Entonces lo empuja por detrás, desde el omóplato, y él se resiste, sonriendo. No lo puede ver, pero lo sabe. Cuando van por la mitad del puente, el hombre se apura, y ella, que no ha podido caminar libre, que ha tenido que ir detrás de él como en una procesión, se enfada y lo agarra del brazo para que no corra, para que la espere. Pero él tira y tira, y ella, que sigue sujetando su jersey, ve como se le estira cada vez más y se convierte en una cuerda a rayas. El hombre empieza a elevarse como un globo o una cometa. Y solo cuando está bien arriba, bien lejos y la mira con ojos de gato asustado, ella lo mira de

vuelta y suelta la cuerda.

Las migas

Por la calle principal va una niña grande con un carrito. Carmucha, la hermana mayor, la hija primera. Dentro duerme un bebé de meses. Pasean por la carretera que rodea el puerto, levantando el polvo con las ruedas. Las medias se le llenan de partículas grises y brillantes, piernas de ostra, de concha marina.

Carmucha suelta el carro y vuelve a agarrarlo, jugando. Lo suelta y lo empuja cada vez más lejos. Estirando la distancia que la une a su hermana pequeña. Lo que no sabe es que unos metros más adelante el camino se convierte en cuesta. Concentrada en el vaivén, en su divertimento particular, solo le importa el traqueteo. Carmucha suelta el carro de nuevo, que se precipita y vuelca. El bebé sigue dentro, con las mantas arremolinadas, en una esquina. Llora. Quizá por primera vez. Tampoco habrá muchas más.

El bebé es ahora una niña y más adelante será mi madre. Pero aún no lo sabe. Marca el truque en la arena con un dedo y dibuja casillas del uno al diez. Tira la piedra e intenta saltar sin pisar la raya. A mi abuela no le gusta que lo haga porque así deshace el suelo de la cocina. Un piso hecho de arena tamizada encima del hormigón abrupto y pobre de las casas baratas. Hogares de familias marineras levantados al lado del mar, sin suelo, sin agua y sin luz, hechas de playa. Islas dentro de islas.

Mi madre tiene diez años, va al río a por agua. Pero no es un río, es el pozo del pueblo. Las mujeres le dicen así. Sacan baldes de agua, los echan en un surco que hay en la tierra y el agua corre como si fuera un regato.

Por las noches tiene que ir al baño, que está en una caseta de madera fuera de su casa. Se pone de pie encima de dos tablas sobre un hueco profundo en el suelo y hace pis. Cuando ve pasar a las ratas por debajo, no tiene miedo.

Visita las casas de las vecinas que acaban de parir. A veces entra, a veces mira a los recién nacidos por la ventana. Le pregunta a su madre cómo se hace, ella le dice que los trae la cigüeña. Se pasa las tardes mirando al cielo a ver si consigue ver alguna. Quiere ser madre, pero aún es joven para eso, así que, mientras espera, empieza a cuidar de todo lo que tiene cerca. Se convierte en un objeto más de la casa, poniéndose en el plano de las cosas que no están a primera vista, que no necesitan atenderse con urgencia. Su madre, que tiene que ser madre de muchos, se olvida a veces de que está en casa, se olvida de sacarla a que le dé la luz. Así es como coge raquitismo, de tan buena que es. Porque ella, que quiere cuidar, no pide que la cuiden.

Todos los animales que han vivido en casa han desarrollado un apego extraño hacia nosotros. Mi madre, que nunca deja de hacer de madre, los ha cuidado, y ellos han respondido obedientemente generando una dependencia filial. Por eso la gata se caga en el suelo de la cocina cuando algo no le gusta o la dejan mucho tiempo sola. Come solo si alguien la mira. Ha perdido toda su condición de ser vivo con impulsos propios. Muchas veces interrumpe su comida para pedirme que la peine. Se acerca frotándose a la espinilla, me golpea con la cabeza, se hace la muerta. Yo agarro el cepillo, dócil, le rastrillo todo el pelaje. Ella araña la alfombra, emite sonidos de lamento y placer.

Sigo llamando casa a la casa de mi madre.

Mi cuarto está igual que cuando me fui, parece que acabara de hacer la cama. La misma colcha a cuadros. La silla con el respaldo que chirría, esperando a que alguien se siente. La

pared asalmonada y un rectángulo más oscuro donde antes colgaba el almanaque, con los días que no había escuela rodeados con la punta gorda de algún rotulador permanente, encerrando en camafeos de colores los cumpleaños, las salidas de la isla. Un olor a dulce y a cebolla se fuga por toda la casa. Al abrir la puerta de la cocina, la tortilla aparece majestuosa y amarillísima en el centro de la mesa. Mi madre está de puntillas quitando el bizcocho del molde. Veo en su cara la liturgia del entierro de la prima Nelita. La pena reseca en las arrugas de la sonrisa. Le pregunto cómo está y ella se desvía y me dice qué tal yo, qué tal mi vida, qué voy a hacer ahora.

Qué voy a hacer ahora.

Le cuento mi sueño de aquella noche. Dormía en una vaina como si fuera una hoja alargada de las del maíz cuando todavía está verde y yo algún insecto a punto de cambiar de vida. Le explico que después me salía del ombligo un trozo de cuerda como la que usan en el puerto para atar las barcas pequeñas, un cordón umbilical nuevo que crecía y salía por la ventana. Y entonces me despertaba.

Tú siempre soñando cosas raras, me dice mientras mueve la cabeza como si se sacudiera alguna mosca. De pequeña tenías miedo a la hora de dormir. Lo dice con la practicidad con la que vacía los platos en el fregadero. Yo, que todavía tengo miedo muchas noches y que no consigo ponerle nombre a eso que me ronda, la miro con los ojos un poco más abiertos. Mi madre no se acuerda de muchas cosas, pero lo que todavía guarda lo lanza como un arpón en una trayectoria breve y certera.

Empieza a cortar en triángulos el bizcocho que acaba de hacer. Me acerca un trozo a la altura de la nariz para que lo pruebe. Miro la tortilla que espera en la mesa y la miro a ella para que vea que no entiendo su manía de empezar por el postre. Este bizcocho no es igual a los otros, dice. Me echo

hacia atrás. No me gusta la almendra, mamá. Y niego con la cabeza. Ella mantiene el brazo estirado y acerca aún más el bizcocho a mi cara. Lleva almendra molida a mano, no esa porquería que venden en el supermercado. Pruébalo. Comer en casa de mi madre lleva implícita una obligación que todo el mundo acata. Comer aunque no tengas hambre, comer hasta sentir la barriga llena de piedras. Me meto un trozo en la boca y arrugo la nariz en un gesto mínimo que ella detecta al momento. No me dirás que no te gusta. Está buenísimo.

Me acuerdo entonces del pez que vivía al lado de la televisión en casa de los abuelos, en un recipiente en forma de burbuja, con la única misión de tragar la comida escamada que le tirábamos, según el hambre que creíamos que tenía. En esa época pasaba mucho tiempo sola con los abuelos porque mi madre tenía que trabajar fuera. Un día salí a tomar el aire y me llevé conmigo al pez. Imaginé que le hacía un favor. Que sacándolo a pasear acababa con su aburrimiento de tardes de telenovela. Mi madre me encontró sentada en la vereda, frente al portal, con mi tesoro en la palma de la mano. Mi primer muerto.

Clac, clac, mi madre separa otra porción del bizcocho y me lo acerca. Intenta recoger las migas barriendo con la mano que todavía está húmeda por el calor del postre, pero solo consigue que se le queden pegadas. Pienso entonces que los apegos son como esas migas salteadas en el lateral de su mano, enganchadas a la piel.

Qué, ¿no te gusta?

Levanto los hombros en un gesto de rendición y trago el segundo trozo de bizcocho. Ella me mira comer.

Casa

Caminamos por la orilla de la huerta y nos llenamos de un polvo negro. Los surcos de la piel son los surcos de las huertas cuando van a sembrar. Esquivamos las montañas de tierra que guardan vida debajo. Nos subimos a una roca y aguantamos agachadas mientras mi hermana corría, buscándonos. Su chicho rubio y despeinado deshaciéndose antes de la merienda. Aguantamos en cuclillas y en silencio. Nos costaba más perder.

A Lupe no le gustaba su nombre, se sentía extraña, como si se presentara a una fiesta a la que no la hubieran invitado. Por eso mi hermana le gritaba Guadalupe. Para que saliera, para hacerla rabiar. Yo le decía que al final te acostumbras. Te haces amiga por el roce, de todo lo que para bien o para mal, te ha elegido.

Lupe me sacaba unos centímetros, lo señalaba con el dedo índice y el pulgar, como intentando agarrar un trozo de bizcocho muy pequeño. Nos medíamos hombro con hombro, a veces de frente, chocando las narices como los caballos. Andábamos descalzas por la isla como salvajes. En verano nos colábamos en la verbena porque parecíamos mayores. Nos gustaba cogernos de la mano y caminar en línea recta, cerrando los ojos. Confiando en que la otra no los abriría hasta el final.

Mi hermana corría, disfrutaba de la velocidad. Era de las que se soltaba de las cadenas de los columpios y pedía que la empujaran fuerte porque quería verse los pies sobre las nubes. Siempre tuvo menos miedo. A ella no le pasa lo que a mí. Ella, aunque pierda, no se cansa. Le vale con levantarse en la misma cama. Aspirar el olor de su perra antes de salir hacia el trabajo.

Volver a casa y agarrarse a esa masa de carne peluda y suave, estrujarla, meterse en cama y dormir. Ha sido capaz de adivinar una ruta más simple. Acomodarse en un piso en la ciudad. Cuando viene de visita cruza el puente sin remordimientos y cuando está fuera no siente que pertenezca a ninguna otra parte. Sus necesidades van con ella y ocupan el mismo espacio que su cuerpo. Yo, sin embargo, estoy hecha de una sustancia porosa que se hincha con cada deseo y obstruye las vías circulatorias, el aire, la vista. No sé pensar bien, se me acumulan las dudas. Mi hermana no necesita resolver todo, no necesita llegar a ninguna parte. Camina. Si hablo con ella puede ver la maraña que soy, los miedos. Pero no dice nada, solo sonríe.

Me levanté un poco más y Lupe se quedó sentada. Me apoyé sobre el muro deshecho de musgo y ladrillos, y el corazón quiso galoparme dentro. Mi hermana era una sombra de colores que se movía por la esquina de mi ojo izquierdo, una mancha que estaba cada vez más cerca. En cuanto mis pies tocaron el suelo eché a correr y, al llegar a la pared, toqué con las manos y grité casa.

La Portuguesa

Una isla es un agujero en el tiempo. Aquí, las horas en los relojes que lleva la gente no sirven de nada. El miedo también es un agujero negro. Cuando te acercas lo suficiente, te caes con todo lo que llevas puesto.

A Saladina la llaman la Portuguesa, pero nadie sabe por qué. Desde que he vuelto, siempre la veo asomada a la ventana. Señora de mitad para arriba, debajo podría ser cualquier cosa. Dicen que en la boca tiene teclas negras y grandes como un piano por donde se le cuela la risa. Que es una mujer r-a-r-a, y ponen voz de estar leyendo en otro idioma. Nunca se casó ni tuvo hijos. Cuentan que, bajo la falda, las piernas se le curvan hacia fuera como dos paréntesis y que nadie del pueblo ha entrado nunca en su casa.

De niña no entendía por qué la gente le tenía miedo, y pensaba que a mí tampoco me gustaba que entrara todo el mundo en casa. Cuando jugaba al futuro, nunca quería escribir cuántos hijos iba a tener. La normalidad me asustaba y todavía me asusta. Les decía que yo era un pájaro y me miraban con la misma cara que ponían cuando hablaban de Saladina. Yo tenía miedo a muchas cosas, pero no a ella. A las casas cerradas. Las muelas en los sacos de pelo suave de la joyería. La bailarina con artrosis de la cajita de mi madre, que sonaba cada vez que la abría. Los tacones que no van acompañados de ningún otro ruido. La mano de madera encima de la puerta del baño que hacía el corte de manga, pasar por debajo de esa puerta. El cocodrilo disecado que abría la boca en la pared de la taberna. Tener ganas de ir al baño, atascar el baño, que lo supiera el

hijo del fontanero. Escribir feo, que se me cansaran las manos, pensar en cosas que no quería que pasaran, nadar fuera de cala, los calambres en los pies, el fondo del mar. Mirarme al espejo y decir algún nombre tres veces. Verónica, Verónica… El hombre en la ventana. Abrir los ojos en la cama cuando era de noche y mirar.

Abuela contaba que una vez se le apareció el trasno, un señor de melena oscura, sombrero de copa y uñas negras largas apoyadas en los pies de la cama, y yo no quiero verlo. Por eso no canto de noche, ni silbo, ni hago cosas que no se deben hacer, como matar arañas.

La tarde que conocí a Saladina, abuela merendaba en el salón. Recuerdo sus manos apretando el queso fresco, intentando cerrar el bote, del que goteaba una sustancia blanca por los lados. Yo me sentía igualmente líquida, a punto de salirme por fuera de las ganas que tenía de escaparme. Cogí la bici en el alboio y salí por la cancilla de la huerta. Pedaleé hasta la plaza a la que no me dejaban ir sola. Y allí, como si me esperara, estaba Saladina. Me senté cerca y no dijimos nada. Los árboles de la plaza temblaron un poco, se había levantado jarroa. Pasó una golondrina y soltó algo. En el suelo quedó una mancha blanca y moteada, como una piscina brillante.

Saladina no deja que el sol entre para que no le queme la casa. Ha cambiado los muebles de sitio, ha tirado las alfombras y siente que todo tiene una piel nueva. Tampoco quiere que el día pase y se acabe. Si siempre es noche, la mañana nunca llega y la muerte tampoco. La vida se queda estanca en un lago. Así que mantiene las persianas bajadas a un palmo del suelo, lo suficiente para no caerse. Los rayos se cuelan tímidamente y le alumbran las pantuflas y los tobillos blancos y finos. Su cuerpo es un pan reseso. La humedad le deja los huesos blandos, también las palabras, que le resbalan adentro de la boca, encima de la loza, por el piso, antes de que pueda decir nada.

Lleva sola mucho tiempo. Ya no sabe cómo explicarse. Se acerca a la ventana cuando el día cae y se queda mirando detrás del cristal, entre las lamas de la persiana, como los gatos del pueblo.

Los niños pasan rápido al cruzar su calle, algunas mujeres se persignan, cruzan los dedos. No entienden que no suba las persianas, que no haga su vida de puertas para afuera. El no saber les molesta. Por eso se inventan historias de brujas, de hombres con chapeu que la visitan. Por eso la floristería que montó su madre debajo de su casa cada vez va peor y casi no le encargan centros cuando tocan a difunto. Dicen que las plantas que vende no mueren, pero tampoco crecen. Como ella, que se quedó anudada a la casa cuando su madre murió. Eso dicen. Solamente Lolita se para a mirarla camino a la plaza y la saluda con una de las manos que le quedan libres, mientras con la otra sujeta el cesto de mimbre lleno de pescado. Saladina la mira y piensa que su vida se parece a ese cesto en el trenzado de las fibras, en las partes que se quedaron más cortas o sobresalen y se esconden disimuladamente entre el resto, intentando aguantar el peso.

Saladina no es mala, pero nació con demasiado miedo. Y el miedo en el pueblo no hace amigos.

De noche sale, como cuando era niña, a buscar grillos. Es el momento del día en que todo decelera y ella puede escuchar mejor. Los grillos le cantan canciones suaves de coro de iglesia. No rascan, no saltan, ligan las notas como las voces de las habaneras que cantan en el pueblo durante las fiestas. Los grillos no mienten. El coro de Dios.

Al llegar a casa sube las persianas. No hay cortinas. Los cristales reflejan la sombra de un cielo sin estrellas. Dentro del garaje, treinta y ocho ramos de flores se amontonan esperando llegar al cementerio.

El faiado

El pueblo es la dentadura de un niño que se ha arrancado los dientes de leche antes de tiempo. Cada casa se levanta de una forma distinta, reciclando con mejor o peor gusto ventanas en lugar de puertas, colchones viejos, cancelas de colores de todos los botes de pintura que sobraron. Los muros son lienzos de prueba donde permanecen las manchas de algún tono invasor. Quedan algunas marcas de la época antes del puente. Antes de la colonización de los coches, los turistas de bandera azul y las necesidades que no nos pertenecen. Los trozos de huerta desordenada, preparada para labrar o jugar al escondite. Las cancelas con las iniciales de los dueños pegadas en la forja, los muros bajos que no encierran nada. Un tiempo en el que no se echaba la llave y hacíamos la vida en la calle y no había rotondas ni edificios vacíos de tres pisos. La isla ha crecido sin pensarlo, como un hijo adolescente que se choca con los marcos de las puertas y tropieza con su propio pie.

Entro en casa de mis abuelos y me encuentro con el espejo que me refleja más pequeña de lo que pensaba, como si quisiera devolverme a otro tiempo. Abuela cepillando su media melena antes de ir a misa, abuela mirándose de lado, por detrás, colocando su diadema suave con los dedos índice y corazón juntos, como un Cristo. Atusándose la falda, deslizando las manos por las caderas mientras me mira y me pregunta si va bien, si está guapa. Abuelo saliendo del baño con una nube de vapor, como una estrella de la tele, abuelo con sus calzones blancos y su camiseta blanca de tiras anchas, arrastrando la toalla con los pies desnudos encima, esquiando por el terrazo.

Abuelo cogiendo otra toalla para quitarse la humedad del pelo, sacudiendo la cabeza de lado, como si le fuera a salir algo de la oreja. Yo subida a los tacones de mi madre, maquillándome con las pinturas de abuela, maquillando a mis primas. Déjame ver, yo estaba primero. La piñata de los cumpleaños oscilando al lado de la lámpara con sus flecos colgando, las caras impacientes, yo mirándome como si alguien me mirara, con la linterna de ir al mar de abuelo alumbrándome la barbilla y los huecos de la nariz y las ojeras. Mis ojos, que eran los ojos de un moucho, dos cuevas oscuras. Yo disfrazada de bruja, de arlequín, de Escarlata O'Hara. El sofá descuartizado, convertido en un castillo de cojines. Yo bailando encima de los pies de abuelo. Abrazada a mamá, mirando nuestro abrazo en el espejo. Mirar hacia atrás antes de salir, midiéndome la melena con los dedos, señalando una raya invisible con el dorso de la mano. Volver a casa de la verbena. Acercar la cara y empañarla. Barrer el vaho con la lengua, ensayar un beso. La boca baballosa. Mojar los dedos y marcar una carretera por el cuello.

En la cocina hay humedad, como si el mar viviera dentro. Ahora que está vacía me cuesta imaginar lo llena que estuvo, y aun así no siento frío. La habito ahora como un fantasma nuevo. La maleta medio destripada sigue en el cuartito, todavía sin deshacer del todo. En la pared del salón cuelga una foto de la propia casa, como una más de la familia. Es a vista de pájaro. Salen el jardín con el limonero recién plantado, la finca, los cuartos de las gallinas, el pozo, que ahora está tapado, el pilón, y abuela colgando la ropa al lado del alboio. En la calle sale mi tía Pitota, que va a abrir la puerta y se para a mirar hacia el cielo exprimiendo los ojos. Sería mediodía, porque el sol le da a la fachada y entra por la ventana abierta del faiado.

Dentro, un trozo de cuna y yo.

Cruzo la cocina y me siento en las escaleras que llevan al jardín. Aquí me da el sol y puedo refugiarme cuando sopla viento norte. Los rosales de abuela siguen en pie. El limonero se ha secado y ahora dibuja una sombra de alambre en la pared. Un caracol trepa a ritmo de isla. En la fachada sur, que es de un verde salvaje, crece una grieta leporina. Me pregunto dónde irá todo esto después de mí. Esta casa es como un cuerpo que ha dejado que le pase la vida. La miro y siento que todos estos años me ha estado esperando.

Me tiro encima de la cama y me quedo mirando al techo mientras el sol cae y se desparrama por las ventanas del cuarto, llenándolo de una luz de un día que parece que va a nacer cuando en realidad se está muriendo. Me toco la cicatriz de la tripa mientras repaso las heridas de la habitación. El riel de los antiguos focos que ya no están, la estría de la esquina después de sujetar todo el peso. Los puntitos de moho que quieren empezar a salir aprovechando que no les da la luz. El color de la pintura, ahumado por las manchas de las manos que se posaron para agarrarse, para colocar un cuadro, para hacer el amor. Todo lo que hubo una vez sigue siendo mientras se nombre, mientras se piense.

Encima de mí duerme un pasado, cogiendo polvo. Subir al faiado es como quitarse las espinas de las zarzas después de un día en el campo. Hay que hacerlo a los pocos. El faiado es el hueco que hay en la parte alta de la casa. Un piso entero sin construir, con los ladrillos a la vista y cemento con protuberancias en el suelo. Aquí lo usan para guardar patatas y echar la ropa a secar cuando llueve fuera. A veces se deja sitio para cuando la familia crece, para que puedan vivir los hijos. Los hijos hacen casa con sus padres, las vidas se juntan como los vagones de un tren.

Los faiados guardan cosas que la gente no cree, no sabe, no imagina. Como la habitación de mis padres, construida en el desván en ruinas de mis abuelos, donde vivieron hasta que pudieron ahorrar para mudarse. Un cubo blanco con una cama, un armario y una cuna. Una casa dentro de otra casa. En medio de la moqueta verde de la habitación, roída por la luz y el polvo, hay una bolsa con todas las esquelas de los entierros a los que asistieron los abuelos. Mi disfraz de Escarlata O'Hara, desmayado encima de la cama, al lado del vestido de boda de mi madre. La cajetilla de tabaco de recuerdo. Las alianzas en gofrado sobre la caja de Winston de mentira y la fecha del enlace. Las cartas que llegaron del mar y que siempre empezaban por querida Flora, escritas con una caligrafía que no despegaba la punta del papel y que a veces temblaba con los movimientos del barco. *Quisiera ser un pájaro para volar a casa y no marcharme nunca más*. Abuelo trayendo el mar a casa. Las nécoras en el fregadero y yo agarrándolas con la cuchara mientras hacían pinza. Un cangrejo anclado al metal como si fuera una piruleta. Abuelo echándome vino con gaseosa, tomándome en serio. Calentando mis manos dentro de las suyas, soplando aire caliente como si fuera una ocarina. Dejándome bailar encima de sus pies. Unos pies diminutos encima de las pantuflas pisadas por atrás, los calcetines gordos con la goma sin fuerza, escurriéndose por la pierna. Pepitas flotando en agua con limón. No sé cómo se ordena la vida.

«Inscripción de mar…», se corta la palabra. El carnet de marino de mi abuelo. Nombre y apellidos, rasgos, nariz, altura, peso. La grapa atraviesa la foto debajo del primer botón de la camisa. Una frente incipiente de lomo de ballena. Los ojos del vidrio cuando le da el sol de lado. Las cejas, un bosque. La boca joven y entreabierta, disimulando la sonrisa. Las aletas de la nariz cogiendo aire. Un lunar que se hace isla, arriba del pómulo izquierdo. La piel morena, bronceada por el sepia de la

foto. El jersey luce entero, menos un trozo en la montaña del hombro, donde un punto empieza a ensancharse. Preocupado en otras cosas, lleva un cuello de la camisa dentro y el otro fuera. Debajo, la firma hecha sin levantar el bolígrafo, ondulada por el mar que le cayó encima desde los ochos años, aprendida durante lo poco que pudo ir a la escuela.

Zapatos desparejados, la bacinilla, carretes de hilo casi desnudos, cremalleras, faldas con la goma cuarteada, la lata de las galletas de mantequilla llena de fotos y postales. Y allí, en un rincón agazapado, un trozo de papel albal envuelto en tela que me recuerda a las arrugas de la mano de mi madre cuando arrastra el dorso por la mesa intentando limpiar las migas de pan, que se le pegan como hijas que han vuelto y no terminan de irse. Las arrugas de la colcha de la cama, que hay que dejar siempre hecha y cuidarse de estirar muy bien, en este caso, usando las dos palmas, ejerciendo una fuerza en dirección opuesta, como Moisés separando las aguas. Las arrugas del sofá que dibujan la forma del culo, de las rodillas, del cuerpo cansado después de horas mirando la tele. Las arrugas de los calcetines y las bragas que mi madre planchaba con cuidado. Palpo el trozo de papel albal envuelto en tela. No consigo entender qué es, quién juntó esos dos elementos, por qué.

Me llevo el objeto extraño a la parte de abajo de la casa. En uno de los lados del pañuelo hay dos iniciales bordadas que no identifico con nadie. La bola no pesa. No me atrevo a abrirla.

De noche no duermo bien. Sueño con un sapo, un conejo y una araña negra. Por el día empiezo a notar un olor de tierra en compostaje. Busco por toda la casa algún ratoncito muerto, algún resto de comida olvidado durante los meses que estuvo cerrada la casa, pero no encuentro nada.

La siguiente noche, a las tres de la mañana, oigo un golpe muy fuerte en el salón. Al levantarme, el espejo está en el suelo, esparrado al lado de la puerta del baño. Un espejo de

casi ocho kilos que permanece intacto. Intento estudiar con lógica la trayectoria, no le veo sentido. Por detrás del marco hay un montón de agujeros de carcoma. Me vuelvo a la cama tranquila, pero dejo encendida la luz.

Por la mañana, la lamparilla de la mesita alumbra la bola de papel de plata que todavía no me he atrevido a abrir. Voy desenroscándola y es igual que caminar por las rocas de Gradín, que son picudas y hacen que no puedas estar sentada demasiado tiempo. Dentro, como una ofrenda, un trozo minúsculo de algo que se parece a un tentáculo, a una navaja muy hecha. Y que de cerca resulta ser un cordón umbilical.

Mi madre me dice que es mío. No sé por qué, ya lo sabía.

La flor

Hay mujeres que recogen el peso del mundo en la cadera y saben curar las fiebres del corazón. Tía Carmen empezó a trabajar en la fábrica de conservas del pueblo a los doce años. Podría haber estudiado, pero le gustaba ganar su changüí. Yo creo que el corazón le pesa y por eso se le arquean un poco las piernas hacia dentro. Es una mujer que sabe querer. Sus manos tienen una piel diferente, elástica. Los ojos se le estrechan hacia el final como la proa de un barco. El pelo dorado cae en ondas por la cara hasta la barbilla. A veces es gris. Patos que parecen palomitas infladas se dejan mecer por la marea. Una orografía de rocas, agua y huertas encierran su casa dentro de un espacio húmedo. Al entrar huele a mar y a tierra. De cara a la ventana prepara un ramo de flores, en la olla mejillones cociéndose con laurel. Las manos se mueven ágiles, reconocen el terreno. Son muchos años ya preparando los centros para el cementerio.

¿Te gustan? Me mira un momento. Sus dedos repasan la composición. Ahuecan los espacios saturados, rellenan los que están vacíos. Levanta una de las flores y la cambia de sitio, clavando el tallo con fuerza sobre la espuma verde.

Le digo que todo lo que hace me gusta y le doy un beso en la mejilla antes de sentarme. El sol se cuela por la ventana, me empieza a calentar el lado derecho de la cara. Me tapo haciendo visera con la mano. Así puedo verla mejor. Le pregunto por las flores. Me explica que son lirios de campo, aunque también las llaman astromelias. A mi tía le gusta que se interesen por sus plantas, por su finca, por lo que hace. Astromelia me suena a algo del cosmos, tía, a las estrellas. Es

una flor acostumbrada a crecer en las laderas, dice. Las de la isla también sabemos crecer donde pega bien el viento. Sonríe.

Vente, que voy a echarle de comer a las gallinas. La sigo y me quedo unos pasos atrás para mirar la escena. Las gallinas tragan con prisa y beben pellizcando el agua, a sorbitos. Aunque tengan mucha sed no pueden beber más, tienen que esperar porque su pico no recoge toda el agua que ellas quieren. Pienso en esta ansia que tengo de todo, un montón de ganas queriendo salir y un único carril libre, un atasco en el puente. Las personas desordenadas quizás sean esa falta de calma, y no unos estantes mal puestos, la cama deshecha, la chaqueta mal abrochada.

¿Te apetece un poco de vino? Mi tía saca dos tazas del armario. Acaba la pregunta con la certeza de que quiero. Antes de que me dé tiempo a contestar nada, antes de que me dé tiempo a preguntarle a mis ganas, porque aquí no se pregunta, se ofrece, se pone en la mesa. Empieza a llenar mi taza de tinto y pienso en la oscuridad del mar fuera de cala. Mi tía nada conmigo anudada a su cuello como un cachorro asustado, y con sus dos hijas enganchadas al resto del cuerpo que le queda libre. Alguna vez me ha tocado ir agarrada a una pierna o a un tobillo, pero esta vez voy delante. Ella nada, se aleja de la orilla. Nosotras, entre felices y asustadas, la llevamos hacia abajo sin querer y hacemos que se le meta el agua por la nariz. No hagáis fuerza, que me hundo. Dejadme nadar a mí. Tía Carmen es un pez gigante, una sirena que hace que flotemos sin saber cómo. Mi madre se moja los pies y vuelve a la toalla. Siempre ha tenido mucho frío. Nosotras flotamos como algas gigantes.

El vino baila en las tazas, quiere salirse por fuera. Y yo quiero pensar solo lo necesario. Dormir del tirón, sentarme bien en las

sillas, estirando la columna, en vez de andar con los hombros pegados al cuello y soñar raro y de forma intermitente cada noche. Ser constante, agarrar el deseo y no soltarlo. Darle de comer y dejarlo volar unas horas al día. Que me coja cariño el deseo, saludarlo al entrar en casa, que me responda con un silbido y se apoye en alguna parte de mi cuerpo mientras lo acaricio. Y no encontrar excusas a cada rato para pararme.

Creo diálogos en mi cabeza, invento conversaciones con mi tía. Ojalá mi lado izquierdo fuera tan flexible como el derecho, y poder tocar la punta de los pies sin doblar las rodillas, como tú cuando te agachas en la arena a apañar almejas. Tía, desde que he vuelto ando apalominada y no me sale abrochar bien la chaqueta, los botones me quedan impares muchas veces. Me gustaría no echar de menos el continente cuando estoy en la isla, pero tampoco la isla cuando estoy en el continente, y no sentir que el corazón se me estira, como cuando estaba creciendo y me dolían las rodillas. Tía Carmen, aún tengo miedo de ahogarme, todavía no sé si permanecer del todo aquí. Yo no tengo las manos hechas para la tierra. No son de mar como las tuyas, tía. Son de aire. Cómo construyo una casa con unas manos que no pueden agarrar nada. No sé si sería mejor marchar de nuevo y seguir buscando. Por las noches me laten las orejas como si tuviera el corazón dentro. Tengo miedo, tía, a que la isla me trague. Creo que para quedarse hace falta salir a ratos.

Sabes, he vuelto a sentir cosas desde que subí al faiado. No le cuentes a nadie, pero encontré una bola de papel albal y la tengo en mi mesilla. Lleva mi cordón umbilical dentro.

Pero no digo nada. Brindo con ella y bebo el vino ácido que me mancha los dientes.

Te ha salido la flor, dice observando la marea violácea que resbala por la porcelana, dejando la huella de unos pétalos. Eso es bueno. Sonríe y me mira mientras se relame los bigotes del vino.

Zapateros

A los veinte, Manuel no recordaba haber sido niño. Intentaba vivir como si no pasara el tiempo y los días quedaran encerrados en el espacio que va de la mañana a la noche. Su vida estuvo siempre sujeta a una soledad que le permitía doblarse como los eucaliptos que custodiaban su casa. Las aceras llegaron muy tarde y su abuelo murió demasiado pronto, por eso no se olvidó de jugar y creía que a cualquier cosa que hiciera no debía darle mayor importancia, como el mar a las olas. Así que no pensaba más allá del día que le tocaba vivir. Si tenía ganas de salir de casa lo hacía, aunque el tiempo estuviese malo, aunque solo tuviera una bicicleta y no llevara paraguas. Si después llovía, se dejaba mojar y no se enfadaba. Al llegar a casa ponía los pantalones y la camisa frente a la lumbre para que se secaran. Y así con cada cosa.

En las tardes de calor le gustaba salir a pasear y cruzar el pueblo por el camino que iba a la punta de las Aceñas, para ver el sol morir de cerca. Se sentaba en una de las piedras que guardaban el calor de un horno recién abierto y no regresaba a casa hasta que los bares cerraban y la isla no era más que un trozo de tierra húmeda y somnolienta.

De noche se quedaba mirando las estrellas e imaginaba constelaciones debajo del agua. Decía que uno nunca estaba lejos de sí mismo hasta que dejaba de estar. Que el tiempo no tenía cuerpo, ni podía abrazarse o guardarse para después.

La cancela de su casa estaba pintada de rojo. Un punto brillante en medio de una mata verde, para que se viera bien la entrada desde fuera. No echaba pesticida a las manzanas

porque no quería que duraran en el árbol. Las regalaba a cada persona que pasaba por delante de la huerta, así que, si alguien cruzaba por delante, enseguida se llenaba las manos y le ofrecía alguna. En la antigua barca de su abuelo cultivaba lechugas y repollos. Era lo único suyo que conservaba. En su casa no había fotos, ni zapatillas viejas, ni relojes. Ni nadie más que él.

Las mañanas de otoño, una luz dorada rebotaba en las hojas de los eucaliptos que llegaban a su ventana. A la gente del pueblo no le gustaban los árboles forasteros que enraizaban tan pronto, pero a Manuel sí, porque también él se sentía un poco de fuera y no entendía de los límites de la tierra. No pretendía abarcar nada y admiraba que los eucaliptos de su casa aguantaran los empujones del viento y la lluvia. También los incendios. Jamás se anticipaba. Vivía con la tranquilidad de los que han tenido la muerte cerca y saben que no pueden hacer nada más que dejarse llevar. Como el invierno aquel en el que murió casi todo el marisco de tanto dulzor que dejaron en el mar las lluvias. Manuel paseaba por el pantalán y pisó una madera podrecida por el mal tiempo y la falta de cuidado. Su cuerpo quedó atrapado en la pasarela de madera y no había nadie a quien pudiera pedir ayuda, porque todos estaban dentro de casa, asustados con el temporal y hasta que escampó no se vio ni un alma por el pueblo.

Manuel no sentía miedo y se entregaba a lo que viniera. Por eso se atrevió a sacar a bailar a Maruja, aunque no supiera bien los pasos, y no llevara ropa nueva y los del pueblo estuvieran mirando, riéndose con la ignorancia de los que creen tenerlo todo ganado. Cuando llegó la agarrada, él la llevó hacia sí con cuidado, acercaron las caras. El pelo rizo de Manuel, que llevaba corto por debajo de las orejas, rozó la mejilla de Maruja, le hizo cosquillas en la nariz. En ese momento un montón de pájaros pequeños pasaron volando por encima como

si estuvieran sacudiendo las migas de algún mantel allá arriba. Manuel fue feliz, aunque los del pueblo dijeran que su pelo se parecía al de los querubines que se dibujaban en el atrio de la iglesia.

Maruja no había usado casi su nombre de pila. Valentina, había dicho el cura que era su nombre. Pero en el pueblo le decían Maruja, también los de casa. Maruja era el nombre que sonaba dentro de su cabeza. La columna se le enrollaba con la misma inclinación de las hojas tiernas de los fentos, como una planta que quiere abrirse. Los huesos de los pies, duros de tanta espera. Apuntando hacia fuera en un impulso natural del cuerpo de expandirse, de hacerse hueco.

Maruja nació antes de la guerra y llegó a ver en la playa los cuerpos de los fusilados, inflados por el mar, varados como ballenas desorientadas. Frente a su casa pasaban los barcos que llegaban de lejos, con sirenas graves que retumbaban en el eco de la ría. Barcos como en el que algún día partiría su marido.

A los nueve años sus rodillas no llevaban los restos de las silvas, no eran morenas. No tenían las marcas de los niños que jugaban en la hierba húmeda, no estaban tatuadas de verde limón. Tampoco había restos de arena, de merienda, no había alfombra. Por sus rodillas no corrían caracoles, no se apoyaban libros, tampoco sus manos, ocupadas en buscarse la vida. Su madre la mandaba a limpiar a casa de unos señores en el continente. En poco tiempo llevó las rodillas limpias y amoratadas de tanto estar arrodillada en el suelo, frotando la junta de las baldosas con un cepillo de dientes.

Hubo un día en que casi se sintió hija. El señor de la casa trayendo regalos, también uno para ella. Pero entonces la borralla en la sartén, la señora de la casa agarrándola por el mango y pasándosela por toda la cara. Los celos de la mujer rica hacia la niña pobre. La tristeza de Maruja escurriéndose en silencio. Recordará las lágrimas cayendo y las marcará con el

dedo cada vez que lo cuente.

Manuel y Maruja se juntaron y tuvieron una hija, Berta. Manuel tuvo que embarcarse un año que después fueron dos y después toda la vida. Maruja lo miró marchar en un barco blanco con una cicatriz en la bandera que era un río. Él le dio su pañuelo con las iniciales grabadas y le dijo que nunca lo soltara porque se llevaba el hilo con el que estaba hecho, un hilo tan largo que uniría la punta de sus casas allá donde estuvieran. Y así, aunque el viento soplara en las direcciones que solía hacerlo y los empujase, nunca podrían soltarse. Maruja siguió apretando ese pañuelo, sintiendo el hilo que latía lejos. Aunque Manuel estuviese en el fondo del mar, sus huesos haciendo casa entre las anémonas, su carne dando de comer a las barracudas.

De noche, cuando dormía, el viento se colaba por las ventanas de madera que sonaban al corazón viejo de una gaita soltando fuelle. Maruja soñaba con el fondo del mar y hablaba en alto. Por la mañana los gatos callejeros se acercaban a comer migas de pan mojadas en leche que les dejaba en un platillo en la puerta. Antes de ir a la tienda se ponía unos guantes blancos de algodón para subirse las medias y que no se rompieran. Estiraba las piernas e iba tirando poco a poco mientras la media gateaba por su piel seca. En el armario, el abrigo de los domingos, la camisa amarilla, la chaqueta de pata de gallo. Por las escaleras de piedra que llevaban a la calle apenas le cabían los pies. Maruja iba despacio, acortando la distancia que la falda le dejaba. Nunca se puso un pantalón. La costumbre, dice.

Maruja quería llamar a las cosas por su nombre, que la entendiesen, escribir lo que se le repetía dentro de la cabeza. No tenía estudios, pero sabía hacer que la tierra creciera y

atravesar a pie la comarca para ir a vender al mercado. Agarrar fuerte el lápiz para que no se le escurriese. Cuando empezaba a escribir, sentía que se le escapan palabras como si su mano fuese una bolsa con un agujero pequeño, tan pequeño que no sabía por dónde taparlo.

Escribía querida vecina y le sonaba a otra persona. Escribía buenos días y aquello le parecía una notificación del concello. Pero esa carta, eso que ella quería decir, era importante. No todos los días se encontraban vecinas tan buenas, y lo que hizo Lolita se merecía unas palabras.

Cada día agarraba Maruja un trozo del papel de estraza con el que envolvía las berzas y lo cortaba con cuidado con la misma tijera con la que su madre cortaba el pulpo, y por la que de niña se le colaban los dedos, que ahora quedaban encajonados. Como si su madre y ella fuesen hechas por el mismo patrón de carne. Pero su madre no sabía escribir, y ella algo sabía. Por eso quería dejar por escrito lo que le volaba dentro. Que las palabras, cuando se dicen bien, quedan grabadas como una mancha de las que traes cuando vienes al mundo. A Maruja las palabras le hacían ruido, aunque las estuviese leyendo. Sentía las erres arañando sin hacer daño, las eles dichas con la lengua golpeando el padal. Si se cansaba decía que estaba jorada y en la playa veía javiotas porque había aprendido a hablar la lengua de la calle y azucaraba las frases con su seseo. Cuando aprendió a leer en los libros sentía que aquella era una lengua de mentira, que le faltaban cosas, como si el que lo hubiese escrito fuese alguien encerrado en una habitación muy pequeña y muy lejos de la gente.

Maruja es una mujer sin miedo y por eso en el pueblo la llamaban por nombres que nunca hizo propios. Un día fueron a buscarla y la encerraron por estraperlo, esa palabra que le sonaba a tesoro marino. Ella sabía que no hacía daño a nadie, que lo que escondía no era pecado. Dar de comer a los demás,

en todo caso, sería algo para que el señor cura lo mentase en misa de domingo. La tierra que pasa hambre queda llena de difuntos, decía. Yo solo doy de comer y nos mantengo a mi hija y a mí.

La luz entraba en la celda por una rendija pequeña, ella movía el dedo y escribía palabras en el aire. La sombra que proyectaba su mano le hacía dibujos en la cara que no podía ver. Así mataba las horas. Su vecina Lolita fue a visitarla nada más enterarse. Cada día le llevaba comida y le decía palabras que la dejaban tranquila, le permitían dormir unas horas del tirón. Cuando Lolita hablaba, Maruja sentía que el cuerpo se le quedaba blando y la piedra ya no era granito. Las palabras le caían encima como una sábana recién lavada. Por eso quiso devolverle el regalo. Que supiera lo importante que fue para ella saberse acompañada. Cuando la soltaron y volvió a casa, buscó las palabras en su cabeza. Se sentó en la cocina donde el sol calentaba y se acomodó, porque creía que para escribir bien había que estar bien sentada. La luz se le desparramaba por la mano y alumbraba el lápiz. No sentía vergüenza por no tener palabras suficientes. Sabía que esa palabra que ya asomaba la cabeza acortaba la distancia entre las personas, entre lo que bullía dentro y la quemadura de no decirlo nunca. Empezó con la jota y la letra corrió sola, sin temblar. No se separó nunca del papel hasta que le dibujó la cabeza a la serpiente.

jrasias

Ahora Maruja pasea por el bosque sin quitarse el mandilón, apoyada en el brazo derecho de su hija Berta, y su cuerpo se pega al de ella como un arbotante, como si las dos se hubieran hecho al mismo tiempo, en vez de ser una la madre y otra la hija. El final del bastón, de pronto inútil frente a ese otro apoyo

filial, orgánico, levita un centímetro sobre el suelo. Cuando se cruza con los vecinos abre mucho la boca sin dientes, que toma la misma forma del león metalizado del edificio de Correos del pueblo, como si por ella fuera a salir alguna carta. Quiere contar que trabajó mucho, que todo le costó mucho, que le sigue costando. Hasta pasear. Por eso se engancha al brazo de su hija y lleva la mirada de las que han tenido que cargar con pesos demasiado grandes y saben de lo que todavía no ha pasado.

El bosque ya no es el lugar de los cuentos y del miedo. Cuando me encuentre con ellas, la luz será intermitente, los verdes se colarán entre las hojas en un plató natural de fentos y algas de río. Los zapateros provocarán una sombra de huella canina en el agua. Redondeles mucho más grandes que el cuerpo que los proyecta. Cuando Maruja los mire pensará en que nadie sabe el dibujo que hace en el mundo. En ese momento ella me observará como si tuviera delante una aparición, enfocará los ojos y le dirá a su hija algo que no entiendo. Berta me invitará a pasarme por su casa algún día. Cuando me esté yendo, Maruja abrirá su boca fanada y me dirá que tiene un hilo que tira de la vida y que nunca se le acaba.

Carozo

En estas últimas semanas me he acostumbrado a los objetos que vivían aquí antes de que yo volviera, antes incluso de nacer. Recupero mis manías, los hábitos de quien no se siente extranjero. Olvido vasos de agua a medio terminar por las habitaciones. Dejo ropa suelta por el salón. Cuando la recojo, siento que ya forma parte del paisaje. Las zapatillas buscan su sitio. La chaqueta encaja en la butaca, no parece la ropa de alguien que esté de visita. De noche puedo ir al baño sin encender la luz. Reconozco todo a través del tacto. La silla del escritorio ya no cruje, se ha acostumbrado a mi peso. Está a gusto conmigo encima, sintiendo el calor. Insuflo vida a la casa como una res y la casa coge cuerpo, se hace presente, pierde su apellido.

Por el día me instalo en la cocina para intentar dibujar algo aprovechando la luz que entra. Al rato me descubro con el lápiz enganchado en la mano, inmóvil, pensando en cualquier otra cosa. Ya no me siento mal.

Me escapo al faiado. Aspiro su aire de madriguera húmeda. Abandonada. Como si todos los habitantes anteriores hubieran tenido que salir corriendo con lo puesto, sin tener tiempo de escoger qué llevarse, de esconder lo que no querían que los demás vieran. Me gusta vestirme con la ropa que encuentro. Rebusco en la caja de galletas. Paso de nuevo las fotos. Mi madre, muy pequeña, sujeta un trozo de pan sentada encima de las laxes de las casas baratas. La boca abierta, congelada en un llanto. En medio de los pies, la cartera el fotógrafo, que no consiguió distraerla para la instantánea. Seis marineros velan

una dorna. Dos de ellos se ponen encima. El cuerpo de uno, estirado en el panel. El otro, con la pierna apoyada en la tilla, como si acabaran de conquistar algo salvaje. El resto están alrededor, con los pies dentro del agua. Abuelo sujeta los remos. En las fiestas de San Ramón, tía Carmen levanta el pan de rosca, abuela se sienta con las piernas estiradas, una encima de la otra. Sobre la falda el mandil, y sobre el mandil la mano que sujeta un trozo de pan. La otra aguanta la jarra del vino y la vuelca. El chorro sale fino hasta la taza de abuelo, que también mira a cámara. Los calcetines a rayas blancas y negras le suben por la pantorrilla. El derecho se le escurre cerca del tobillo, dejando ver el trozo de piel blanca que esconden los marineros bajo la ropa de agua. Los zapatos lustrados para ese día, gastados en la punta. Un mechón del flequillo suelto en la frente. El primer botón de la camisa desabrochado, las mangas arremangadas. Un grupo de niñas pasa por detrás de la escena. Las más pequeñas sonríen enseñando los dientes. Las mayores arquean levemente los labios. Al lado de mis abuelos, más hombres y mujeres se juntan en el suelo del monte para comer empanada y beber vino. La pinocha les sirve de asiento. Aprovechan los troncos para apoyar la espalda y miran fijos a cámara. De fondo se ve a Elcinia con el carro lleno de rosquillas. La rodean otras mujeres que no consigo distinguir. Intento leer su rostro, completar la historia. Saber cómo sería su casa. Si dejaron algo atrás, qué dejaron. Me pregunto si sentirían que están donde querían estar. Si después de la celebración y los postres querrían escapar a otra parte. Cuándo supieron que era suficiente.

Un olor a sardina frita entra por la ventana. Los vecinos echan carozos para que el fuego no se apague. Todavía es pronto.

Balura

Cuando cruzo el portal me da la sensación de estar dejando algo atrás. La casa de Berta tiene el aspecto típico de las de la isla. Una arquitectura hecha a mano con sus muros bajos e irregulares pintados de colores brillantes, un jardín salvaje lleno de plantas aromáticas y árboles frutales. Ventanas ribeteadas por marcos blancos que dejan ver las ondas del puso, el tejado a dos aguas con su chimenea y las tejas llenas de verdín y fentos. Todas las casas de la isla parecen moldeadas con un barro idéntico por las manos de algún niño. Son juguetes. Cabañas.

Las flores que llegan hasta la entrada salpican todo de colores tropicales. Voy hacia ellos hipnotizada como un insecto. Solo tengo que empujar. La llave nunca está echada y Berta me explicó que no tenía que llamar, así que entro. Me gusta poder pasar sin pedir permiso. En la pared me recibe un retrato enmarcado de Manuel y Maruja, sus padres. Es la única foto que hay colgada. Después de la muerte del marido de Berta, la casa y ella se asilvestraron. Se convirtió oficialmente en una mujer rara.

A Berta la revolución la cogió con apenas quince años, sin zapatos, con los pies fríos y un peso invisible para recorrer el pasillo que la llevaba a la puerta de la entrada. Durante el tiempo que su madre estuvo en el calabozo por estraperlo, ella pasó a ser la mujer de la casa. Se convirtió en un elemento arquitectónico más. Un muro de carga. Quizá la dependencia

de los demás fue lo que la hizo quedarse todo este tiempo en la isla. La costumbre. Cuando llegó el puente apenas notó los cambios, no surgieron en ella nuevas necesidades. No se daba cuenta de sí misma. Hacía tanto tiempo que no se preguntaba qué quería que no sabía qué necesitar. Dormía en la misma habitación que su marido, pero en una cama separada. La de Berta era dura, y si te sentabas con un poco de ímpetu parecía que lo hubieras hecho sobre una tablilla de madera. La de él era blanda y se hundía en el centro. La silla coja, el rasca y gana, la cadena de oro, el pitillo mal apagado. Repetía los días en un decorado que iba acumulando todo lo que pudo ser, hasta que él murió. Entonces supo que ese dolor de barriga que le pellizcaba por dentro no era por acordarse o por miedo, ni era por el chocolate que se regalaba sintiéndose culpable. Ese dolor que sentía y no se le iba en días era la señal que había estado esperando. Dejó de ser una mujer de casa para ser una mujer para afuera, conectada con el universo, como a ella le gusta decir. Empezó a hablar de larvas astrales, tenía una tabla para medir la energía que parecía que sirviera para medir la potencia de una bombilla.

Su melena es crespa y abundante, del color del trigo cuando ya está maduro. A pesar de la edad, no le han salido canas. El pelo le cae suelto y salvaje. Le gusta vestir con faldas largas que recuerdan a las vasquiñas de los trajes de la fiesta. En el cuello siempre lleva el ojo del tigre, un piedra rodada de color miel. Le gusta beber agua salada. La conserva en tarros en la nevera. Cuando tiene sed de mar, recoge las gotas con una pipeta. Con la boca abierta frente al espejo, mira cómo su lengua absorbe el agua y siente que algo se le purifica dentro. En el pueblo muchos hablan con el miedo de los que no miran de frente y desconfían de las que llegan para quitarles las certezas. La llaman Bruja. Balura. A Berta no le asusta el lugar donde la colocan. Les guiña el ojo mientras responde que nadie

le dice a una mujer dónde rascarse cuando le pica.

Voy hasta la salita, que es donde siempre espera cuando tiene sesión. La gente viene aquí a buscar alivio, quieren que les haga de madre y les quite el miedo.

Hablamos casi en susurros para no despertar a Maruja, que duerme en la habitación del fondo. En el tapete con flecos se apoya el bizcocho. La manzanilla recién hervida suelta un vapor que se mezcla con el palosanto. Hay también un cuchillo de plata y un limón todavía entero. Me pregunta por qué estoy de vuelta. Le digo que no lo sé, pero que no consigo estar mucho tiempo fuera de la isla, que siempre acabo volviendo. Me dice que el amor es como una cuerda de amarre, que sujeta pero hace falta tener distancia, que la cuerda no esté tensa para dejar que las barcas bailen con las mareas y que no se vayan directas a las rocas del puerto en cuanto la corriente las empuja. Tú lo que tienes es un susto grande. Lo dice en voz baja mientras le da vueltas a la cucharilla. Y yo no soy capaz de dejar de mirar las arrugas de su mano y las migas que el bizcocho deja por la mesa.

Si vinieras a verme

Abuelo, si vinieras a verme no me causarías miedo.

Exhalarías algo borroso en el espejo en el que me miro de pie mientras me desnudo y me pongo el pijama. Y yo abriría bien los ojos para ver si me dices algo que aún no sepa.

Si vinieras a verme me sentaría en cama despacio y al subir las piernas no habría ningún apuro por dejarlas a salvo dentro de las sábanas, lejos del abismo que duerme debajo.

Si vinieras esta noche, me quedaría dormida y olvidaría todo lo que me ha pasado hasta ahora. Me entregaría plácida al sueño e intentaría cazar algo salvaje.

Y por la mañana habría un mirlo posado en mi ventana, mirándome, o alguna flor nueva en el jardín donde nunca creció nada. Olerías a romero o a laurel o al aliento de alguna planta y no irías dejando un rastro de abono, de tierra en compostaje, por toda la casa.

Si volvieras a contarme, el limonero quizá no se habría secado y yo entendería la utilidad de vestirme unas zapatillas, levantarme, hacer planes, colgar la ropa bien, hacer la cama sin arrugas. Pensaría que todos los días que tengo por delante se me suman y no se me restan. No tendría tanto miedo.

Al cerrar la puerta antes de irme a dormir no sonarían dos golpecitos, pero yo querría que los dieras para darte paso y dejar de sentir que la barriga se me separa del cuerpo. Que se me hace un abismo justo por la mitad, como si me hubieran tirado por algún barranco y estuviera cayendo sin llegar a pararme nunca.

Si vinieras a verme, atravesaría los días como lo hace la

noche. Ya no tendría agujetas de tanto agarrarme a la vida y preguntarme cuánto tiempo pasa hasta que una persona desaparece del todo.

Como si nosotros fuésemos el dibujo que algún niño intenta borrar chupándose el dedo.

El fin del mundo

En la foto, miro a cámara como si mis ojos de niña fuesen los que capturan la realidad. Soy yo la que inmortaliza todo para tener a donde volver. El color del papel ha resistido casi treinta años de humedad en el faiado. La pared sobre la que me apoyo como si se me fuera a escapar la sombra es azul y queda frente al alboio, que no se ve. El alboio es un cuartito donde los abuelos guardaban sus aparejos, la cocina para hacer el pescado y la máquina de cera de tía Carmen, que fue la primera en tener tocadiscos y hacerse la permanente. El vestido que llevo va a juego con el color de la casa. Parezco allí plantada como una de las flores de abuela, con volantes en el cuello y en los pies. La pared se divide en dos azules, como si fueran el mar y el cielo. Tiene sentido en una casa de pescadores. Dicen que de pequeña veía la sombra de un señor en la ventana, creo que en el mismo cuarto en el que ahora duermo. Una yema se cuela en el objetivo y oscurece la mitad de la foto, como una luna o un planeta que estuviera a punto de engullirme.

Despertar después de tanto tiempo en la casa en la que creciste es como abrir los ojos en un lugar que no es del todo extraño, pero que durante los primeros segundos te cuesta descifrar. Vas ubicando tu cuerpo, que se estira y se retuerce, alcanzando los bordes de la cama antes de apoyar los pies en el suelo. Y los ojos, que antes miraban allí, ya no son los que eran. La casa también te observa y se acuerda de ti, aunque estés cambiada, aunque todavía no esté segura de que seas la que cree que eres.

Y mientras las dos nos vamos reconociendo, me acuerdo del sonido de las llaves, la apertura a trompicones del portal antiguo de la entrada. Las venas hinchadas en los pies descalzos de abuelo, apoyados sobre la mesa de mármol del salón.

Mis gafas enormes mientras me agarro a su jersey de ganchillo en aquella foto.

El olor a salitre y a usado.

Abuela quitándose la dentadura postiza.

Yo, metida en el baño, intentando arrancarme mis propios dientes.

El agua caliente.

Mis bragas estampadas con los nombres de la semana, que siempre llevaba puestas en los días equivocados.

Cuando me quedaba dormida en el salón, me cargaban como un peso muerto hasta mi cama. En realidad ya estaba despierta, pero fingía dormir.

Después soñar mucho, soñar raro, todas las noches.

Disfrazarme de bruja cuando nadie me veía. Sobre todo si no eran carnavales.

Cuando en el colegio me dejaron cambiar del lápiz al boli. Escribir cuentos con ese miedo a equivocarme.

La puerta sin llave y las señoras preguntando a mi abuela Flora si quería pescado. Señoras abriendo la puerta sin llamar y metiendo medio cuerpo dentro.

El miedo de noche. Apretar mucho los ojos hasta ver puntitos pequeños bailando mareados. La camiseta por dentro, las sábanas sometidas, el dolorcito en la punta de los dedos. El corazón sonando como un tambor en mi oreja, incapaz de destaparme aunque hiciera calor. Las tardes caminando descalzas por la isla, jugando a la goma y a las cosquillas, comiendo polos tiradas en aquel colchón viejo.

Abuelo llegando del mar con el carro lleno. El olor a pescado

y a pan, la mesa puesta.

Los montones de almejas al lado del pozo, el martillo para hacer nasas, las redes y el raño, las botas de goma, un capacho lleno de rosas, menta y hierba luisa para la noche de San Juan. Las zapatillas de cuadros dobladas por la parte de atrás. Los pantalones de pana, las gallinas, el limonero. El faiado medio iluminado con luz dorada y polvo encima de los ladrillos y las patatas.

Aquella noche, de pequeña, cuando fuimos caminando hasta las Aceñas. Casi no había aceras ni luz en esa zona de la isla. Llegamos hasta la casa del molino, que tenía un portalón gigante y negro. La luna no alumbraba. En esa penumbra, las aguas de la marisma que quedaban al otro lado de la verja se movían suave, como peces de plata flotando. Yo pensé que ahí se acababa la tierra. Que ese lugar era el fin del mundo.

Sirena

La señora Adelaida, la abuela de Cristina, vivía abajo del Charco, después de las casas baratas. La señora Adelaida tenía un movimiento en la cabeza como los perritos de las películas que van en el parabrisas y no se creen nada del mundo. Ella sabía antes que el resto. Nunca se había cortado el pelo y lo enrollaba bien apretado en un moño que parecía una caracola de esas a las que los niños le arriman palabras para que le diga cosas de vuelta. Sabía que en el pelo estaba todo escrito, las penas y los remedios, y no quería olvidarse de nada.

Cristina se quedaba embobada viendo a su abuela peinarse en el jardín, apoyada en el piche de la casa. La melena le caía como una sombra por todo el cuerpo. Cristina la miraba desde la ventana y la veía moverse en un tintineo mudo. Clin, clin, sonaba su cabeza, clin, clin, con todas las cosas dentro.

Por aquellos días el cielo salía cuajado. Las nubes iban rellenas de algo que no se atrevían a soltar y la jarroa anunciaba el fin del verano.

Su abuela siempre decía que los días así es mejor no salir porque el viento desentierra lo que está perdido y empuja al mar contra la costa. Por eso a la mañana hay restos de conchas y barcas y peces que no deberían estar secos.

Cristina no entendía muchas cosas, pero sabía que su abuela sí entendía. Sabía que lo llevaba escrito en la maraña de la cabeza. La suya todavía no le pasaba de los hombros, pero le servía para jugar a las sirenas cuando se bañaba. Le gustaba hundirse en el agua morna y abrir los ojos y ver el pelo que se le hinchaba como una esponja y dejaba de tener su propio

peso. Y entonces movía también ella la cabeza a los lados, tintineaba y empezaba a emborronarse la cara. Cuando llegaba su abuela a buscarla, no salía enseguida, la miraba desde abajo con sus ojos grandes e hinchados. La miraba como un pez a un dios, o a un forastero.

La melena de su abuela era un nido de pájaro que bailaba con el agua de la bañera que ya no guardaba ningún calor.

Antes de irse a dormir, pasaban la mano a las esquinas de la cama. Primero su abuela y luego ella, para alejar los miedos que llegaban con el sueño. Eso le decía siempre. Y ella, que no había tenido más vida que esa y más madre que su abuela, se lo creía. Después miraban debajo de la cama, su abuela le gastaba alguna broma, le daba un susto, le pellizcaba un pie. Esa noche no. Esa noche solo durmieron y no limpiaron las esquinas.

Su madre se cortó el pelo antes de que ella naciera y por eso no tuvo fuerzas para empujar del todo. Eso decía su abuela. Que se quedó varada y ahora pertenecía al mundo de las cosas que van y vienen pero nunca se quedan. Como la marea y la jarroa.

La abuela decía que la salitre de la costa hacía que se mantuviese todo con vida. Que aquí las mujeres viven más que las rocas. Pero no su madre, que no tenía dónde agarrarse. Por eso no pudo tirar de la vida y se fue a otra parte, como si la hubieran soplado.

La abuela le contó que a la madre se le hacían muchos nudos en el pelo. Se los hacía el padre por la noche, cuando la madre dormía. Después, por la mañana, el padre quería peinarla, tiraba con fuerza, y la madre gritaba porque los nudos no se iban. Tenía la cabeza tan llena que no sabía cómo desenredarse. Un día le pidió a la abuela que le hiciera una trenza. Quería sentir de nuevo las manos de su propia madre acariciándole la cabeza, los nudillos suaves rozándole la nuca. La abuela le repetía, mientras cruzaba los mechones, que el

pelo tenía que cepillárselo una, y que nunca más dejara que le atorasen la cabeza. Después, sin avisar a nadie, la madre de Cristina se cortó la trenza y la guardó en un neceser dentro del armario.

El abuelo de Cristina murió antes de tiempo, como su propia madre. Pero no su padre, que seguía vivo, pero simplemente no salía en las historias, como si lo hubieran borrado. Y ella, que no sabía qué era echar de menos porque nunca conoció otra vida, que no entendía muchas cosas, sabía que a veces era mejor no preguntar.

Algunos días la abuela se ponía triste y callada, como esa mañana. Algo le pasaba, algo quizá de lo que hablaban en el pueblo de que ya se acababa todo, que ya, que ya es, que ya nos toca, y ay señor, y ay qué será de nosotras si nos quitan la ayuda. El lamento de su abuela sonaba al maullido de una gata que no puede amamantar a sus cachorros. Se colaba a través de las paredes del cuarto, no dejaba dormir a Cristina.

Ella no le decía nada de lo que oía afuera, porque sabía que para su abuela lo que quedaba más allá del muro de la finca no existía. Se fue desencantando poco a poco de lo de afuera. Las otras niñas no entendían la geografía de sus juegos. Los escalones de la roca, el encrespamiento donde no hay que pisar porque pincha y la piel se pela. Ella quería ser como el mar, que se estira y resbala por encima de todo. Se vestía con las algas que nadie quería pisar. Por la cabeza, por los hombros, por el hueco del biquini. Se revolcaba por la arena para que se le quedaran pegados los trozos pequeños de las conchas que el mar masticaba. Los trozos nacarados de los lomos de algún pez de los que salen de noche, de los que saben flotar a gusto. Para que su cuerpo fuera del mar y ella una sirena.

Cristina vio que las rosas perdían abrigo sin ser invierno. La lluvia caía esos días apelotonada y densa. Cuando salía el sol, los rayos le iban señalando las cosas para que las mirara, como en un interrogatorio. Y es como si el mundo estuviera un poco enfadado. Cansado, como su abuela.

Cristina se sentó y la miró desde casa, peinándose entre las flores como todas las mañanas. Las nubes dejaron que un rayo se colara y le atravesase la cara y la rodilla. El polvo flotaba y subía atraído por la luz, y ella se quedaba también suspendida mirándolo. El calor la adormecía. No supo cuánto tiempo pasó, pero entendió que bastante, porque cuando volvió a enfocar los ojos ya no vio a su abuela por la ventana. Salió al jardín y se la encontró en una esquina desatándose los zapatos. No se había recogido la melena.

Hay cosas que se saben porque sí. Siempre había oído eso en el pueblo, pero hasta ese momento no lo entendió.

Su abuela le dio un neceser con asa que parecía la maleta de alguna muñeca. Le pidió que lo agarrase con cuidado, que no se le cayera. Tan poquita cosa, tan delicado… La maletita no se abre, le decía mientras la miraba con los ojos un poco de vidrio y un poco de hogaza. Salieron a dar un paseo. En la arena brillaban las maderas de los barcos que habían ido a morir al mar. También botellas, aparejos, algún pájaro dormido y seco. El mar estaba picado y dejaba la orilla llena de espuma. La abuela cogió a Cristina de la mano, la arrastró suavemente. El agua estaba fría, pero los cuerpos ya no se asustaron. Iban de la mano como el novio y la novia. Ella con su maletita. La melena de su abuela como un velo que cubría a las dos.

Todo fue muy rápido y muy fácil. Cuando ya no vieron más cielo, todo eran ondas. La abuela la miró y sus ojos eran más de pez que de abuela. Ya no estaban cansados. Su pelo era una corriente que lo envolvía todo. Sobre ellas quedó flotando la maletita abierta y una trenza como la cola de una sirena. El

mar las fue empujando adentro, más adentro, como una madre que llevara tiempo sin verlas.

Yo las entendía y todavía las entiendo. Cuando me quedo sola intento imaginarme en un plano sin mi cuerpo. Unos ojos flotando en un universo oscuro, una hormiga pisada por algún pie despistado, una araña, un perro callejero, un árbol. Un árbol de los que se pelan en invierno, con las ramas que parecen los bracitos de un muerto pidiendo ayuda.

Las manos

Hay un lunar en mi mano derecha, en el índice, muy cerca del primer pliegue de piel por donde empieza a enroscarse el dedo. También una espina reciente hendida en una montañita de carne hinchada y roja, esperando a que alguien la saque.

En la mano izquierda, dos lunares, uno en mitad del dorso y otro que se desparrama hacia la muñeca. Si se juntan las dos manos y la mano derecha le da la paz a la izquierda y se posa encima agarrándola con cariño, esos lunares pintados al azar crean una constelación de triángulo escaleno. Dando a entender así que una no puede vivir sin la otra, aunque sea zurda.

Luce impecable la mano izquierda, a excepción del arañazo que se hizo con el rosal el otro día cuando intentaba alcanzar la tomatera que nacía detrás. Apenas se nota el callo en el dedo corazón. Me salió cuando estudiaba. Si coloco las manos paralelas, de forma que los dedos se miren de frente, parecen olas o dornas con las puntitas hacia arriba. Las uñas crecen como viseras, despegadas unos milímetros de más de la carne, después de años mordiéndomelas. Sobre todo me gustaba morderme el índice, como si me estuviera comiendo los miedos. Así es que en cada mano los dedos dos y cinco se arquean como una lira.

Repasando accidentes, sé que uno de mis dedos fue estrangulado, seguramente el índice de la mano derecha, que es con el que me sigo enroscando el pelo cuando algo me interesa o me preocupa. Una noche, a los seis años, mis padres me descubrieron con la punta del dedo violeta debajo de un roscón de pelo. Estaba tan apretado que tuvieron que cortarme el

mechón para poder liberarlo.

En esa misma mano sufrió otro accidente el pulgar, la vez que me escapé de casa con la bici para dar una vuelta por el pueblo, me caí a la altura del puerto y me rompí la muñeca. Un corro de señores se juntó a mi lado para preguntarme si estaba bien. Yo solo quería que dejaran de hablar, porque me dolía tanto que no podía decir nada y tenía una vergüenza tan grande que me hubiera encantado esconderme debajo del asfalto como si fuera una sábana. Desde entonces el tendón de mi pulgar se quedó suelto, como le pasa a las cuerdas de las guitarras.

Nunca he podido silbar con los dedos, pero si junto las dos manos como si guardara una ocarina dentro, y acerco los labios a los pulgares y soplo, sale un ruido de un pájaro tropical que no existe en esta isla.

Son bastante simétricas. Si las miro estiradas una al lado de la otra apenas se notan diferencias.

En las palmas tengo dibujadas las nervaduras de las ramas secas del limonero del jardín. Una vez me dijeron que si se te arruga mucho la mano, abajo en la esquinita donde el hueso reposa debajo de un cojín de carne mullida, significa que has vivido muchas vidas.

Por las noches me pongo la misma crema que usaba abuela. Si tengo miedo meto el pulgar entre el índice y el corazón como si le hubiera robado la nariz a algún niño. Si estoy nerviosa mi mano izquierda se apoya en la derecha y recorre los nudillos como si fueran un ábaco. Son incapaces de estarse quietas mientras hablo. Si alguien sube una escalera, mis dedos índice y corazón se convierten en piernas e imitan el movimiento. Si entretanto pasa algún entierro, el meñique y el índice de la mano derecha tocan madera. Para alegrías y felicitaciones, las manos se juntan y botan varias veces arriba y abajo, como si dentro estuvieran los números de la lotería. Al

escribir, escondo el pulgar debajo del índice y aprieto el lápiz, haciéndole una llave a lo que digo.

Mido cosas con las manos y después lo anoto. La mesa mide cuatro manos con tres dedos, del tobillo a la cadera van cinco manos, me falta una mano para tocar el arco de la puerta. Mis manos necesitan tocarlo todo. Hacen cosas por mí sin que yo lo sepa. Me dan pistas. Como en San Ramón, cuando enganché el pie en una silva y Xose, que iba a mi lado, me echó la mano para que no cayera. Nos quedamos así, con la sorpresa de los cuerpos que se tocan por primera vez. Él aprovechó para darme el primer abrazo y, al poner las manos en su espalda, me subió un calambre por toda la columna vertebral. Me lo imaginé como una luz de esas que llevan en la cabeza los peces de los fondos abisales, alumbrándome por dentro.

Xose quiso probar suerte fuera. Le gustaba la isla, pero decía que no podía seguir viviendo en un sitio tan pequeño. Cuando coincidíamos en las fiestas de verano, nos dábamos amor como las aves migratorias. Las veces que nos vimos en la ciudad nunca hablamos del pueblo. Tirábamos todo el cuerpo y el deseo hacia delante. Teníamos miedo de mirar atrás y hacernos piedra.

Yo no sé si quiero volver a la ciudad ahora que puedo reconocer el mundo, abarcarlo con las manos. Toparme con misterios que caben en la palma, arrugados dentro de papel albal, en mi mesilla.

Cetus

Sabes cando tes unha pechadura e todo o mundo ten a chave?

Tío Salvador

Berta recorta la figura de un pie diminuto sobre la corteza de la palmera del cementerio viejo. Dice que allí es donde salvaban a los niños del tangaraño. Había que llevar a la criatura de noche. Se pone muy seria mientras me mira y repite palabras como si las dijera otra persona. El tangaraño, dice esta vez más alto. Bajo la cabeza y me fijo en las plantas sin flor que crecen justo al lado. Las plantas de la cebolla. Las llamamos así porque sacan las mismas hojas estiradas.

Mi abuela sabía de estas cosas, dice mientras arranca un par. Unas raíces retorcidas salen de la tierra, fuera queda el engaño del color, el perfume. La muerte necesita tener la puerta abierta para no saltar a otro cuerpo, dice mientras guarda las raíces en el bolsillo. Los espíritus a veces se confunden y no encuentran el camino. Nadie quiere morir, ni siquiera los que ya están muertos. Por eso la tía Pitota tenía a los difuntos atorados en casa. Cada vez que alguien moría, al sacar la caja de la iglesia había una parte del muerto que se separaba de la procesión y seguía en línea recta tropezando con su puerta. Pitota nunca tuvo miedo, pero estaba segura de que los muertos se quedaban con ella un rato antes de marcharse del todo. Eso le decían las viejas del pueblo, que se ahumaban bien con laurel para no

llevar el aire con ellas. En la casa de mis abuelos, donde ahora me resguardo, quemábamos laurel en el suelo de hormigón del alboio, al lado del pozo, y pasábamos alrededor levantando los brazos, bañándonos con el humo, dando vueltas para que cubriera bien todo el cuerpo.

Camino detrás de Berta entre las tumbas que se hunden en el suelo, apenas una piedra con una cruz o una calavera. Algunas, un montículo pequeño del tamaño de una caja de zapatos al que le ha crecido la hierba por encima. Hay jarrones con flores secas y más plantas de la cebolla. Muchos niños morían antes en la isla, dice mientras pasa la mano por encima de una de las tumbas. A veces un niño cogía el aire y entonces tenían que traerlo y ponerlo frente a la palmera. Lo sujetaban como una ofrenda y apoyaban su pie derecho en el tronco para recortar la silueta. Después se acercaban a la tumba de la persona que acababa de morir y colocaban encima el pie hecho de la carne de la palmera y ropa para ese nuevo bebé de corteza de árbol. Venían de noche porque todo el mundo sabe que de noche es cuando mejor se ven los espíritus y que es a esa hora, a la que no hay ninguna luz, cuando hay que hacer el cambio. Un niño de palmera por un niño de carne. Así creían engañar a la muerte.

La mano de Berta se despega de la tumba y señala el portón del cementerio. Cuando se hace el cambio no se puede salir por donde entraste, debes usar la otra puerta. Los espíritus huelen el rastro aunque esté lejos. Pero tú lo que tienes es otra cosa. A ti no te persigue ningún muerto.

Frente a la isla se levanta un islote hecho de dunas de arena. Los marineros lo visitan el fin de semana, parten con sus familias en sus barcas, chalanas, motoras. Las gaviotas los reciben como a extranjeros, mirando fijamente a los niños

plantados de pie frente a los huevos que acababan de poner. Nosotras acampábamos allí de pequeñas. Desde el islote se distinguían, a lo lejos, las hojas de los árboles de la isla, el musgo que crecía y amarilleaba las piedras, pero no llegaba ningún sonido de la otra orilla. Solamente el viento caminaba de noche y dibujaba curvas de serpiente sobre la arena que sacaba a las ratas de su madriguera. Las hogueras proyectaban luz desde fuera, convirtiendo todo lo que no estaba dentro de la tienda en sombras chinescas que mi hermana y yo usábamos para inventar historias.

A veces salíamos a espiar a los mayores. Nos gustaba escuchar lo que contaban cuando no había niños delante. Tío Salvador se reía y le veíamos la lengua morada del vino. Hablaba sobre el día que lo visitó el trasno. Una mañana quiso despertarse, pero sentía un peso invisible en el pecho, como si alguien se le estuviera apoyando encima. Intentó sacudirse, pero no podía mover ninguna parte del cuerpo. Estaba paralizado. Decía que cuando el trasno te visita, solo puedes cumplir su voluntad. Que él decide cuándo te puedes mover. Que cuanto más te resistes, más le gusta. Todos se reían y la luz de la hoguera les hacía sombras en la cara, creando relieves como a las rocas cuando les da el sol. Mi hermana y yo lo escuchábamos apretando los cuerpos, juntándonos para no sentir ningún hueco entre nosotras por el que pudiera colarse el miedo. A veces, los otros niños que acampaban en el islote se metían con nosotras y tiraban de la pulsera de tela que teníamos enganchada a la cremallera de la tienda. Era nuestro código cuando no queríamos que nadie nos molestara. Empujábamos con los pies la tela de la tienda que hundían con sus manos, les gritábamos cosas. Entonces tío Salvador venía para calmarnos y nos decía que no servía de nada poner cerraduras cuando todos tenían la llave. Que al miedo hay que mirarlo, y que la próxima vez que alguien nos molestara,

saliéramos fuera.

De día nos tirábamos desde la cima de las dunas. Las rocas eran camas, cuerpos, torres de castillo. De noche el viento ondulaba las paredes de la tienda y mi hermana y yo nos quedábamos despiertas un rato escuchando cómo silbaba. Lo que nadie sabía es que dormíamos en el mismo lugar al que la gente venía a morir. Que las rocas que trepábamos para imaginar nuestras casas eran mámoas. Piedras enfrentadas, espichadas en la arena, y una más grande encima, que hacía de tapa para guardar a los muertos. Ahora nos protegía de la lluvia. Jugábamos agachados dentro de la cueva, encima de la arena limpia, sin restos ya de ningún cuerpo. Las tumbas de la isla de los muertos que la marea desenterraría unos años más tarde.

Berta agarra el trozo de cordón umbilical que le enseño. Algunas madres los guardaban para no confundirse de hijo, dice. Para tenerlo siempre cerca. Otras los escondían en vasijas que iban a enterrar al lado de las mámoas del islote. La isla es una ballena varada en la ría. Encima le han crecido hijos que se alimentan de su carne, haciéndose hueco dentro. Berta se apoya en otra de las tumbas y se levanta. Me devuelve el trozo de carne seca. Los labios se mueven en un rezo que solo ella escucha mientras acaricia la piedra de su collar.

Salimos del cementerio. Detrás queda la corona abierta de la palmera que sobresale por encima del muro.

Avelaíña

Sueño con mi abuela Flora. La veo un momento antes de que se muera. En la habitación, mis tías hacen la cama, que todavía está templada y guarda su forma. Mi madre espera sentada en la cocina, me pide que me acerque. Hace un gesto para que me agache, como si quisiera buscar dentro de mi pelo. Entonces me sacude una mariposa peluda que resulta tener cara de persona, con su nariz, sus ojos, la boca dentada. Yo siento en la piel las cosquillas que hacen sus patas caminando. La mariposa quiere darme un seixo a cambio de que la deje anidar en mi cabeza. Una piedra lisa, suavizada por la marea. Le digo que no. Le busco casa en una panera que encuentro en las escaleras que suben al faiado. Dentro tiene pétalos de rosa de mentira. Debajo, un montón de relojes y joyas de oro.

El batir de una alfombra en el piche me despierta como si llamara dentro de mi sueño. Me imagino a Elicinia sacudiendo el felpudo. A Saladina con medio cuerpo fuera de la ventana, haciendo lo mismo. Los sonidos de la isla marcan el tiempo. El bastón de Maruja cuando pasa con Berta por delante de mi calle, la madera que golpea el camino. Las ruedas del carro de Lolita arrastrando la gravilla que se pega al caucho. Reconozco el mundo de fuera a través de los sonidos que la casa filtra. Las risas de las mariscadoras y la voz de mi tía Carmen entre el resto. Cómo mi madre y mi hermana abren la cancilla. Los pasos de Lupe en la entrada. Antes de abrir la puerta, adivino.

El panadero

Unos padres suben la calle que cruza por debajo del cementerio hacia la panadería antigua. Llevan en brazos a una niña medio dormida. Su cuerpo de apenas tres años se racima en el pecho de la madre, y la cabeza, ligera, se desmaya encima del hombro. Ajena a todo lo que va a pasar, duerme en el sueño de los niños de la isla, que si acaso alguna vez supieron de los secretos que escondía, si acaso alguna vez vieron la sombra de algún hombre por la ventana, lo guardaron en algún cajón muy alto y lo olvidaron.

El cielo es azul marino, la oscuridad tarda un rato en hacerse plena. Les han dicho que es mejor que no se crucen con nadie en el camino y que, si es así, no hablen. Esto último es muy importante, por ningún motivo deben hablar con nadie. Las únicas palabras que se oirán esa noche no serán suyas. Hay cosas que simplemente se hacen porque así te lo mandan, porque se sabe.

Dicen que o mal do aire es el espíritu de un muerto que se te pega. Así como se pega la humedad a los huesos aquí, en la costa. Un día te sale moho por dentro y dejas de comer. Para qué hacerlo, qué sentido tiene alimentar un cuerpo que no está.

La niña lleva una tristeza goteándole, haciendo peso hacia abajo. Su cuerpo es una flor a la que le falta riego, cada vez más cerca del suelo, cada vez más seco.

Llora mucho, no quiere comer. Cierra la boca y cruza las piernas, y eso es un síntoma de los niños que cogen el aire, la abuela lo sabe y le dice a la madre lo que tiene que hacer para que se cure. La niña no se acordará de eso, tiene solo un año la

primera vez que le pasa. La primera vez que tiene o mal do aire, la primera vez que casi se muere.

En la panadería hay un cuerno de vaca que señala a la ventana, hay pan del día que sobró en los estantes, bollas, pan de millo, pan del país, empanadillas de mejillones, tartas. La harina que queda en el suelo deja las marcas de cuatro pisadas. En la panadería hay un panadero que espera a que entre una nueva familia. Él no sabe explicar qué pasa pero sabe que el horno cura, que los niños que entran allí no salen de la misma forma. Su abuela le enseñó las palabras, le dijo cómo hacer. Al acabar la jornada, cada vez que alguien del pueblo se lo pide, abre la panadería de noche.

La memoria de la niña no registrará el calor, el tacto de la madera sin barnizar, los restos de harina, las manos de aquel desconocido, las palabras que saldrán de su boca. No recordará el horno, su cuerpo desnudo encima de la pala del pan. Que quien la desvestía no podía ser el que la vistiera al terminar. Que llevaron dos ropas distintas para mudarla, y que esas ropas no podían tocarse. Que la rebequita y el peto que trajo puestos fueron también al horno, sobre la pala, como si estuvieran vistiendo al muerto que se le había pegado al cuerpo.

El aire se iba a quedar dentro del horno, quemándose. El horno que nunca se apaga y que contuvo un cuerpo de niña durante unos segundos.

Me metieron y me sacaron del horno nueve veces. Nueve son las horas que tarda la marea en subir y bajar. Al llegar a casa había una taza de leche en la mesa de la cocina, abuelo estaba sentado esperando. Te echaste encima como si no recordaras lo que era comer. Eso me dijo mi madre.

Amoras

La piel arañada con una línea discontinua. Sangre a punto de salir que no sale y se amontona en la entrada de la herida. La piel espera a que pase algo y se frunce como un beso que no llega a darse. La piel que pica, mamá, no te rasques. La tela de sus zapatillas se engancha en las zarzas y se llena de hojitas huérfanas. Las señala. Mira, me dice. Y yo la veo sonreír un poco después de tanto tiempo. En la mano no lleva moras, sino una rama llena de avena seca. Cierra el puño y estira el otro brazo desgranando el tronco. Esto lo cogíamos y después nos lo tirábamos para saber cuántos novios íbamos a tener. Pero tienen que estar secos. Si no, no vale. Me los tira encima. Algunos no llegan ni a tocar la ropa. La mayoría se van con el viento. Hay uno medio suelto, pero no se cae. Este se te agarra bien. Me río, pero no me lo quito. Seguimos caminando. La mano de mi madre apoyada en el lomo, el cuerpo con la tensión de un bastón viejo, la piel colorada por el esfuerzo, la melena brillante como un espejo vuelto al sol. Quiero llevarte a un sitio. Déjame que te lleve. A mi madre le cuesta salir de casa. Tiene la piel cansada y los huesos se le reblandecen como una galleta en leche. Por fuera una capa de piel joven, el dolor saliendo como las bochas en la pintura fresca. Si lo pinchas no hay nada, solo aire. Nadie puede ver el dolor. No sabéis lo que es y ojalá nunca lo sepáis, nos repite a mi hermana y a mí. Ojalá fabricaran algo para poder medir el dolor, un termómetro o eso que le ponen al agua para saber si se puede beber, añade ahora. Como en los dibujos animados en los que iban por dentro del cuerpo arreglando cosas, le digo. Sí, como esos.

Sonríe y los pómulos se le levantan un poco. Hoy puede aguantar. Suelta un quejido leve que se camufla con el ruido de las zapatillas que cada vez se arrastran más por la arena. Se agacha buscando esqueletos de calamar. Mira este qué grande, a Pajarito le va a gustar. Pajarito es como llama a su ninfa. La saca de la jaula y la aprieta contra el pecho y después le dice a volar y la ninfa vuela y vuelve al hombro de mi madre. Al pelo, a su mano. Toca tierra. Pasa más tiempo en el cuerpo de mi madre que en el aire. Coge otro esqueleto más. Es para que afile el pico. Así puede defenderse, me dice mientras guarda los huesos en la cesta.

Para llegar al monte de las hormigas hay que atravesar la playa. Los ecosistemas de la isla se unen como las familias. Primos que se enamoran, viudas que se casan con sus cuñados, madres que se hacen amigas de sus hijas mientras recogen esqueletos de calamar al caer la tarde. Al final de la playa hay una pista de tierra que sube en cuesta y nos deja encima del mar, mucho más lejos. Desde arriba el agua se ve clara. La distancia da luz a las cosas. Unas rocas grandes nos hacen de asiento. Algunos árboles sacuden las copas, suavemente, enmarcando el paisaje. El sol no brilla cerca, pero todavía cuesta mirarlo.

Cambio de postura y su cuerpo se ondula adaptándose al mío. Me apoyo en un tocón que sobresale y mi madre se deja descansar también sobre la roca picuda.

El viento del cascarro empuja desde arriba. Miro a mi madre y me reconozco en su melena, en la curva de los ojos, en el nacimiento de las uñas. Al hablar siento que hay un cordón invisible que tira de una y de otra, como si nuestros cuerpos fuesen dos jerséis viejos que al hablar se van deshaciendo, pero al revés.

Abre la mano y me da unas moras. Estas son para la pisallada. Agarra otro montón y lo mete en una bolsa aparte. La

pisallada es una merienda que ella preparaba cuando éramos pequeñas, mezclando las moras con miga de pan y azúcar. El jugo de las moras aplastadas con el tenedor, el pan mojado, los granos de azúcar sin disolver mezclados con la miga húmeda. Granitos de mora dentro del hueco de la muela, la lengua empujando para sacarlos, la boca dulce y violeta. Vuelve a abrir la cesta y saca una bolsa de plástico transparente que deja ver unas mondas de plátano demasiado maduras. No quedan apenas huecos amarillos. La monda del plátano llena de moratones. Esto lo dejas en agua hasta que se pudra y después la cuelas, ya verás qué bien le va al limonero. Asiento y agarro la bolsa. Sin saberlo digo algo que solo mi madre oye. La lengua propia de las madres y los hijos que nace cuando hay silencio y agua. ¿Qué te pasa?, me pregunta sin girar la cara. Pero no es una pregunta, ella tiene la certeza de que hay algo. Las dos miramos la puesta. No me pasa nada, mamá. El sol no es redondo y al morir le salen rayos de estrella. Mira cómo corre, mamá, pide un deseo. La llama amarilla como una vela de cumpleaños antes de extinguirse. Solo se oye el siseo de las hierbas, el cielo empieza a ponerse de color salmón en la zona más cercana a la ría. Arriba es azul marino y la costura que une los dos cielos es amarillo pastel. El luscofusco. ¿Estás segura de que no te pasa nada? La brisa sopla más fresca. Los cuerpos empiezan a moverse. Me quedo callada. Mi madre se gira y me mira. Filla, cuando quieras puedes marcharte.

La casa no

La casa no me encierra. Soy yo la que le pido quedarme dentro.

La cama es lo primero que se hace después del desayuno, la voz de mi madre resuena en mi cabeza. La superstición llega como algo certero. No va a salir bien el día si la cama no está hecha. La casa espera a que me levante como un perro paciente. No hace ruido. El suelo es una pista de tierra con marcas, trompos y pasos que retroceden y van de una habitación a otra, se paran en el umbral de la puerta, salen sin haber entrado. Los pies a veces se deslizan y otras se apoyan fuerte en el suelo y quieren hundirlo.

Las manos también tocan, acarician, señalan los lunares oscuros de la pared que difuminan la humedad debajo de las ventanas. Las arrugas en la pintura que no esperó a que secara la primera capa, las baldosas de flores hinchadas del baño.

Afuera Elcinia sacude las sábanas con fuerza, una ventana se abre, sonido de alfombras que baten contra un muro. Unas manos recogen agua debajo del grifo, la cara salpicada dos veces con rapidez, el despertar del frío. Las cerdas del bruzo raspan la acera, arrancando la mugre.

Carritos de la compra circulan arriba y abajo, un hola de lejos. La «o» estirada en el saludo. El día empieza y yo no soy capaz de quitarme el pijama. Me quedo quieta, asustada, temblando como una luz que no acaba de encenderse. Solo el hambre hace que me mueva. A veces ni eso. Abro el mueble y reciclo lo que encuentro. Una lata de sardinas, mermelada, pan con cereales, un huevo cocido. Después tomo una manzana. Comiéndola pienso que me limpio por dentro igual que mi

abuelo se limpiaba los dientes. Mejor no le quites la tona, cómetela así, ya verás qué bien. Su mano rebanando gajos pequeños. La boca de mi abuelo sonriendo y sus dientes blancos como la espuma.

No sé distinguir la pereza del miedo. Todo funciona en mi cabeza. Todo empieza y se interrumpe, porque siempre hay algo mejor que hacer, algo que se puede hacer mejor. Las pinzas agarrando la braga por abajo, para que seque antes y no queden marcas. Sentarse, sentarse mejor, estirar los hombros, que caigan hacia abajo, el cuello alongado, el mentón en reverencia. Reír lo justo sin encartar la cara. Reír y abrir la boca y sacar la lengua como los leones. El agujero de la garganta iluminado. El tubo que baja hasta el centro del cuerpo tragando luz, alumbrando rincones que nunca se han visto. Caminar cada dos horas para mover la sangre. Beber agua con unas gotas de limón por la mañana, antes de desayunar.

Al dormir, sudo todos los pensamientos y la casa los bebe. Después exhala algo que se injerta en las paredes, como el moho. Arriba en el faiado se oye triscar la madera. La casa crece, y sus huesos, que ya no son adolescentes, protestan, crac, crac. Cuando la noche más oscura llega y las curuxas salen a buscar la otra mitad de su cara, la habitación se calienta y no sé qué cuerpo es el que emana y cuál el que recibe. Yo me entrego al sueño y me dejo habitar.

En una casa cabe una barca, unas gafas de ver de cerca, unas postales de echar de menos. Caben raños, rastrillos y capachos con redes. Caben vestidos y escritos con caligrafía mareada que tiembla como las ondas de todos los mares ajenos. Cupieron dos niñas con sus padres, dos abuelos, e incluso, algunos domingos, catorce a una mesa de cuatro. Novelas de vaqueros y dibujos de niños que no saben de futuros. Rulos, cordones umbilicales, bolsitas suaves con muelas dentro. Ahora la vida se pela y queda el huesito limpio, macerado, de las historias

que cuentan en la familia una y otra vez. Allí donde ahora duermes. Antes. Allí, donde guardas la loza. Arriba en el faiado. Ahora, bueno, ahora es distinto. Mamá intentando recordar, inventando historias a las que agarrarse como al pomo de una puerta que tambalea.

Los días en los que la tierra parece yerma, me concentro en las manchas del mantel para sentir la casa habitada. El círculo del vaso de vino, los pétalos secos de las margaritas que cogí aquella tarde y puse en agua hasta que el cuerpo se les quedó flojo y empezaron a soltar partes. Lupe llega de visita. Al abrir la puerta mi cuerpo hace de espejo del suyo. Ahora medimos lo mismo. Intento encajar las líneas de la infancia en su cara de mujer. Tiene la mirada afoutada de las que se quedaron en la isla. Todos estos años separadas no han marcado una distancia proporcional entre nosotras. Cada vez que nos juntamos damos un nuevo punto de sutura. En la mesa siguen las sobras del último bocadillo que comimos juntas. Se sienta y apoya los brazos, haciendo sitio entre los trozos de pan duro. Ella tampoco quiere limpiar ni mover nada de la coreografía de los días, porque piensa que sacudir el mantel es sacudirnos la una a la otra.

En la pared hay dos platos colgados con un ribete azul cobalto. En el centro de un plato se ve el dibujo de unos pájaros que se apoyan en la rama, con las cabezas pintadas en direcciones opuestas. En el otro, una cola se despliega y un pájaro la mira y se inclina para tocarla con el pico, con las plumas alerta. Espera el momento justo para saltarle encima. Lupe los mira buscando la hora, como si, por fuerza, uno de aquellos platos tuviera que ser un reloj. Esta noche bajamos al pueblo, me dice. Le respondo que estoy a gusto dentro y ella me mira como a un náufrago que no quiere que lo rescaten.

Intenta sonreír y la boca se le queda encerrada en dos paréntesis. No puedes seguir metida en casa, dice. Yo sé que la casa necesita alguien con quien vivir. Ha permanecido tranquila hasta ahora, pero, cada vez que me voy, los marcos de las puertas no encajan, nace un charco en medio de la cocina, algo se funde.

Hoy salimos, repite. No espera mi respuesta.

Las nubes se hinchan y el cielo es una cortina que no deja que el sol se cuele. Cuando llega el viento, las barre y hace girar los sombreros de plata de las chimeneas que destellan códigos de luz que nadie entiende. El viento saca a las gaviotas de la playa. Hablan muy alto encima de la casa, como si quisieran que las escucháramos, engañándome para que salga fuera.

La tona

El cuchillo se clavó en la patata y peló la forma de un hombre. Las piernas hechas para quien no necesitaba correr, porque nada interesaba más allá el puente. Los brazos juntos, como si el cuerpo fuese una barca que echar a flotar. Si sacas la tona entera es buena suerte, decían las viejas del pueblo. Lupe consiguió pelar todo el cuerpo, pero al llegar al cuello, la piel de la patata se partió. El trozo que estaba destinado a la cabeza cayó al suelo. Lupe lo barrió con cuidado de no barrerse la punta del pie, no fuera a ser que después no se casase. Justo ahora, que sabía pedir en el mercado de la plaza y mirar a los ojos de los pescados muertos sin que la engañaran. Levantó el cuerpo del hombrecillo, que se onduló sin cabeza, y lo dejó en la encimera.

En la huerta había botes de colacao con tierra y dentro de esa tierra unas semillas que todavía no tenían nombre. Una cuerda con ropa tendida cruzaba el piche de la casa. El vestido de los domingos colgado. Lupe esperó que el viento del norte lo secara. En la cintura llevaba un lazo de tela por donde pingaba la humedad. Los zapatos reposaban encima del pozo. Al acercarse, pudo ver su reflejo. Le gustaba mirar su cara con los zapatos en la mano, como una ofrenda. No eran muchas las oportunidades que tenía de lucirlos, de quitarse el pantalón que heredó de su prima y los calcetines que zurció por donde tocaban la punta de los pies.

Al salir del colegio, acompañaba a su madre a vender con el carro de dos ruedas que ahora descansa al lado del pozo. Lo sujetaba como a ella le sujetaban los brazos cuando no sabía

andar. La madre iba con ella hasta la entrada de la casa donde iban a intentar que les compraran alguna pieza y luego daba unos pasitos atrás y le decía que llamara. Ella se quedaba sola en el umbral. Oía las zapatillas de las señoras que se acercaban, la mirilla que se giraba, la cortina descorriéndose. Apretaba los dedos por detrás de la espalda. Se tragaba la vergüenza. Señora, ¿quiere pescado? Era todavía una niña, pero ya sabía distinguir un muxe de una rabaliza, un curuxo de un rapante. Estaba acostumbrada a hacer las cosas de casa, a preparar la comida antes de que sus padres llegaran, a someter las sábanas por debajo de la cama y apretarla bien. Por eso su madre le decía mujer.

Por el camino que llevaba al pueblo se veían más muchachas con vestidos, lazos y alguna diadema. Se veían brazos de ganchete y caras que se acercaban y tardaban en separarse. Olía a limo y a bajamar. A Lupe le gustaba porque estaba acostumbrada al olor del pescado, a las escamas que se le quedaban pegadas a la piel como si fuese un lorche.

¡Lupe, ven! Sus primas la llamaban y ella corría, y juntas, formaban una cadeneta. Bajaban hacia el puerto con la sonrisa pegada, y aunque Lupe tenía algo de tristeza, no era capaz de quitarse la sonrisa, como si su cara fuese una careta, y los nervios quedasen debajo, y nadie pudiese verla. Hacía ya dos semanas desde la última vez que se encontró a Quinso. Le dijo que el día de la fiesta pasaría a buscarla, porque ella era la flor que más le gustaba de la isla y no quería que nadie se la robase. Y aunque no entendiera lo de la flor y el robo, sintió que el estómago se le cambiaba de sitio y la piel de la barriga era la piel de un tambor y un tum tum le latía adentro.

Al llegar a la plaza una serpentina de luces colgaba encima de sus cabezas. Olía a churros, a goma de coches de choque, a sudor y colonia. Los peinados de las mujeres se levantaban por encima de las cabezas de sus maridos. Montañas, nidos de

algodón de azúcar. Bailaban a saltitos, levantando los hombros. Sus piernas eran muelles a ritmo de bachata, cumbia, alguna habanera. Llegaban a tiempo para las lentas. Les gustaba comprar garrapiñadas y sentarse en los bancos al lado de la orquesta para mirar a los novios. Cabezas ladeadas, cabezas encontradas que miraban en direcciones opuestas, oreja con oreja, cachito con cachito. Un novio que agarraba la mano de su novia y se la llevaba al pecho. La mano de la novia inclinada en una reverencia. Caras alumbradas por los colores que salían del palco y rebotaban en las barbillas de los enamorados. Bailar sin mirar al piso. Bailar con orgullo, la cabeza estirada hacia arriba. Una cara que se acerca y se apoya en un pecho con olor a tabaco. Una mano que baja a la cintura y otra que la sube y otra que la vuelve a bajar y otra que aterriza en la cara. Sus primas se tapaban la boca con las dos manos mientras se les escapaba la risa. Lupe también quería noviar, pero no lo decía. Y entonces, una carcajada llegó de la esquina, unos hombros que le sonaban, manos que lanzaban aspavientos con seguridad. Los brazos de Quinso se movían alrededor de unas muchachas en una coreografía de pájaro.

Lupe sintió el retortijón dentro. El incendio en los mofletes. La vergüenza otra vez. La misma que la acompañaba de puerta en puerta al vender pescado. Al olerse la ropa después. Al pensar que nadie la iba a querer nunca.

Las primas de Lupe se levantaban y la arrastraban al centro de la plaza. Le ponían las manos en la cintura, exageraban los movimientos, echaban el culo hacia fuera. La hacían girar hasta que se mareaban y caminaban como los borrachos de la taberna. Lupe rio con fuerza. Rio hasta que le dolió la barriga y sintió que esa vez el dolor era diferente. Nunca más pelaría la monda entera. Sus primas abriendo los ojos y la boca. Nunca más esperaría a que vinieran a buscarla a casa. Sus sonrisas verdecidas por las luces de la orquesta.

Babosas

De noche los huesos duelen y la isla deja de crecer. En las esquinas vuelven a sentirse los muertos, vuelve el olor a piche. El contorno del pueblo encaja en una historia que no acaba de olvidarse. Las pupilas crecen como una mancha de aceite. La piel de las casas es de arena. Se saltan hogueras. El mar de ardora trae escamas con las que se cubren las piernas los marineros. Celebran que les regale cosas, que les regale trabajo con el que llenarse la vida y la boca.

Lupe y yo nos visitamos, paseamos con las manos juntas, nos acompañamos. Creamos un entramado, un dibujo que solo podría verse desde el cielo. Carreteras de luz que unen su casa y la mía.

En la taberna los cuerpos se acercan como polillas, chocan intermitentes. Dejan manchas en la ropa, no pierden la fuerza, no necesitan la luz. Levanto una silla por encima de la cabeza como una cornamenta, cruzo la sala, nos hago sitio. Lupe y yo nos sentamos junto al resto, ocupamos un espacio con los desarraigados, los que viven en una época que no les pertenece. Los pensamientos dan vueltas sobre sí mismos y me entierran como un tornillo pasado de rosca. Quieres escapar de algo a lo que siempre te gustará volver. Esa será tu casa. Ahora que has vuelto, quieres agarrarte, porque fuera todo sigue cambiando. Porque no era lo que esperabas. Porque quizá aquí sí pueda ser.

Flor de Toxo dice que él fue portero y que tiene ocho motes. Cuatro por mérito propio y cuatro por parte de padre. El pelo le cae a los lados de la cara como el corte de un niño chico. Yo no envidio nada de vuestra juventud, de la juventud de mi hijo.

Otro hombre se acerca y nos habla con la boca ensalivada. Nosotros pasamos más hambre, más necesidad, pero éramos felices. Antes se hablaba de lo verde y lo maduro, se sabía escuchar, la gente cantaba en los bares, uno empezaba un cuento y el otro lo seguía. Las frases le vienen a tumbos. El mar no tiene futuro. Antes los mejillones crecían en las rocas, ahora ya no quedan. Y no es que la tierra se canse, es que está envenenada. Sueña con temporales, una barca atada en el pantalán. Una isla sin puente. Quedarse al otro lado.

La vida es echar de menos y quedar enganchado a una casa como un peso muerto para no salir volando cuando el viento intenta tumbar el puente y a todos los que quieren cruzar. Algunos hombres fijan la mirada por debajo de la barra, otros en un punto infinito que se pierde y nos atraviesa, como a los forasteros.

Llevan los nombres de su madre detrás. Toñito el de Rosa, Francisco el de Isabel. Como si las madres fuesen la coordenada de un mapa.

Las bocas sonríen fanadas y cuentan historias que saltan los años. Las cuentan para que a alguien se le peguen. Hablan porque si no se borrará el camino de la panadería, los padres no sabrán cómo llegar y no podrán curar a sus hijos. No habrá ningún fuego encendido. Las playas no tendrán frutos y las mujeres no se agacharán más frente al mar. El sonido de los chiringuitos dejará la costa sorda de sirenas de barco. Hordas de turistas cruzarán el puente. La isla atravesada como una tortilla que se parte en trozos que apenas hace falta masticar. Paseos de asfalto para que nadie pueda perderse. No habrá tejados a dos aguas ni baldosas de colores. No habrá rocas en las que calentar los huesos o dejar morir las dornas. No reconocerán la esquina donde un día robamos lechugas para dar de comer a los grillos. La finca de las margaritas. La casa donde curaban verrugas con un cuchillo de plata. La casa de

Lolita, llena de roscas de Pascua en la cocina, sobre las camas, en el cuarto de los niños. Retratos en marcos de plata, colchas de satén y harina. Mujeres eligiendo cuántos kilos llevarse. Niños que no sabrán qué es ser un librel. El camino del pozo donde nos mirábamos las caras deformadas. El molino del agua. Nadie sacará las sillas de casa para sentarse fuera. No pondrán a secar la ropa en el patio de las casas baratas. Volverán a echar la llave. Ningún cuerpo asomado.

En la taberna los hombres nos miran. Las luces del techo se mueven y nos dan en la cara y los ojos de Lupe son los de un animal al que se alumbra en la carretera. Los hombres bailan sin tocarse. Nosotras nos sacudimos el cuerpo como los perros se sacuden la lluvia. Somos nuestras propias exorcistas.

El día comienza a abrir. Anoche nos quedamos dormidas en la playa. El frío nos despierta. Una almeja babea en la orilla, la boca dulce y abierta. La superficie cubierta de limo. El pelo pegado a la boca por culpa del alcohol. La legoña despeja la tierra, los dedos rastrillan la melena fuera de la cara. Cada vez más agujeros abiertos. La mano que se hunde en la arena y busca. La mano que agarra la cintura. El cuerpo se dobla. La cadenita de la virgen del Carmen cuelga y la boca la sujeta como una oblea. La cara de Lupe comprimida contra la mía. La rosca del pendiente marcando con fuerza la carne. Al ponernos de pie intentamos mantener el equilibrio. A lo lejos, los cuerpos de las mariscadoras se anclan al suelo.

Volvemos a casa por el camino del muro largo. De las fincas salen glicinias, astromelias, margaritas salvajes. El verano explota como la fruta madura. En la playa los cuerpos de las mariscadoras son horquillas clavadas en la arena. La columna vertebral ablandada. Su postura natural es una curva que las empuja hacia abajo.

Un caracol sin concha se arrastra por la humedad de la cocina y deja un camino de baba en el estropajo, sobre la loza,

a través del mármol de la encimera. De día las babosas se esconden en el jardín. No las encuentro. Dicen que las mandan los muertos para que les hagas caso, para ayudarte a hacer cosas. Lo que las salva es la tierra.

Mirlo

El pájaro pía como si recortara una línea de puntos. El pájaro pía, un paso de cebra, un ladrido. El pájaro pía y hay un silencio entre cada sílaba donde desaparece el mundo.

Pan de millo

El día que los pájaros se casaron, volaron bajo. Volaron cerca de la tierra. El viento del norte soplaba y era azul brillante, un azul clarito con el que cosen los calcetines y las cintas de los gorros de los bebés.

Ese día hubo entierro y la gente llevó migas de pan reseso en las manos. Siña Abelarda dejó por escrito a su familia que el día que finara, soltaran las pombas que cuidaba desde hacía años y que la gente les diera de comer antes de que salieran volando.

Abelarda nació un martes de temporal y el cura no pudo cruzar la ría hasta dos días después para llevar el registro de los nuevos nacimientos. Ella siempre diría que nació en martes, porque quería que todo fuera dicho con propiedad y que constara la fecha real en la que su madre dio a luz en la plaza del Charco.

Un miércoles de diciembre de hace años ya, el día de Santa Lucía, justo antes de que los días comenzaran a hacerse más grandes, una mujer se tambaleaba por la calle de los soportales. Abelarda se sostenía en pie por una estructura invisible que parecía vencerse a ratos, como los alambres de los muñecos de la fiesta que colocaban a la entrada de la antigua lonja. Iba hacia los lados sin apenas moverse, chocando con las esquinas de piedra de los arcos, que la guardaban como una virgen de las que sacan a pasear cuando hace frío. Llevaba la mano roja de tanto apretar, pero no le dolía. Dentro, una bola arrugada con unos patucos manchados de vino. Nadie preguntaba, en el pueblo ya sabían. La miraban como a las palomas de la feria

que se escapan y van sorteando las cornisas, los cables de la luz, la ropa tendida. Flotando cada vez más arriba, confundiéndose con el cielo.

La tristeza también es una habitación iluminada, el olor a suavizante, a café templado. La tristeza también es un cuerpo de recién nacido.

Ella pensó el día en que se convirtiera en madre como una celebración, un cambio de estado, un calambre por dentro que la agarraría más a la tierra. La casa llena, los cuentos de noche, una mano minúscula agarrada a su dedo como un timón.

De camino a casa, apenas conseguía levantar el cuerpo del suelo unos centímetros. Su espalda se encorvaba como las flores que van a dormir. A ella le habría gustado también dormir para siempre. Acostarse y levantarse en otra parte, en otro cuerpo.

En la habitación había un calor de iglesia, de santuario. Los cuerpos de las mujeres que se acercaban calentaban la casa como un montón de reses. Las bocas exhalaban suspiros bajitos, los ojos escrutaban la habitación, que se había convertido en un escenario equivocado. Cómo puede un día darse tanto la vuelta. Lo imposible, lo que no debería ser. Señoras persignándose, señoras conjurando deseos de futuro.

Al cruzar el portal, un montón de personas la miraban expectantes, la saludaban con la resignación de las que saben que ningún gesto de amor será suficiente. Abelarda apoyaba los pies despacio sobre un suelo que solo ella reconocía. Las manos se le posaban encima con el mismo cuidado de las hojas de los árboles que no aguantan más sujetas. Desde la puerta miró la doblez perfecta de la puntilla por fuera de la manta y, asomando, la cabeza inerte de su primer hijo, del tamaño de un cornecho de pan.

En la cómoda guardará siempre el trozo de cordón umbilical como una niña que esconde comida en la servilleta. No volverá

a intentar un embarazo. Criará palomas, les dará de comer, les quitará el frío. Y pedirá que, cuando llegue el día y la vayan a meter en el nicho y las palomas anden sueltas, les tiren pan de millo, para sentir que vuelve a casa como cuando su madre echaba en el plato las migas y espachurraba un huevo encima.

Cuando la caja de Abelarda salió, las embarazadas y los niños se quedaron en casa quemando laurel. Abuela peló la monda de un limón y la puso al sol. Después cortó los trozos y los enhebró con el hilo de zurcir los calcetines. Las mondas de limón colgaron como amuletos de los pomos de las puertas hasta que el nicho quedó sellado con cemento.

Abuela recortó las fotos carnet de sus hijos, mató las puntas, les dio forma ovalada. Recortó también su retrato y el de su marido. En la mesa camilla quedó el mantel con flecos y una figurilla de plata vieja. Un árbol con unos marcos diminutos, ovalados, incrustados en sus ramas, donde abuela fue metiendo las fotos. Nuestras cabezas como racimos.

Mamá salió a recoger margaritas delante de casa después de que pasara el entierro. Les agujereó el corazón amarillo, hizo collares. Algunos pétalos se quedaron enganchados en el pelo, en el cuello de la camiseta, haciendo cosquillas. Mamá metió los dedos dentro de la melena como si fueran las púas de un cepillo, dividió el pelo en mechones, me hizo un periquito. Algo se debió de meter dentro.

Las Aceñas

Una cuchara hace música. La barriga de la cuchara por donde entran los avioncitos, el Hombre del Saco, el hambre, bate y rebota sobre la fuente gastada. Una fuente de metal sin brillo para que no puedas mirarte la cara, para mirar al que tienes enfrente y dejar de estar sola en el mundo.

Juanita repenica con las manos en el latón, y la cuchara encuentra las notas que van por debajo de su voz de aturuxo. La cocina bombea calor al resto de la casa. La garganta de Juanita es un fuelle, un corazón de vaca.

Moza que vés do muíño,
moza que vés pola estrada,
axúdame a retorcer
miña sábana lavada.

Agarran los platos por el borde apretando los pulgares y las yemas se enrojecen sobre la cerámica de flores desteñidas. En la hornacina de la uña sale un arcoíris blanco y un borde siena la colorea por dentro. Las manos hacen el mismo recorrido que los pies, son manos de andar en la tierra. Dejan los platos con cuidado en el suelo, mañana tendrán regalos encima. Cacahuetes, nueces y los bollitos de pan de huevo que hace su madre, el pan de la fiesta.

Abuela Flora tiene trece años y anda descalza en invierno, como casi todos en la isla. Los pies tienen una tona por debajo que parece piel de patata. Los pobres no se quitan el frío, solo lo asustan.

Lo bueno es que no duermen solas. No hay camas para todos, así que las hijas se juntan y aprovechan el calor. Flora esconde los pies debajo de los de su hermana pequeña. Ella la aparta y le dice que tiene pies de nieve. Su cuerpo es del color de las sábanas con las que se hace las bragas. Alrededor les cose una puntilla para diferenciarlas de la ropa de vestir la casa. La primera vez que las pone ya es una moza.

De día entierran los pies descalzos en la lodeira. Hay un molino en el agua que muele con las mareas. Ellas buscan almejas con la falda arremangada. En tierra, un hombre prende un fuego para que después se quiten el frío. Cuando terminan, huele a hoguera y a pan. Comen alcriques sentadas en alguna xesteira, toman vino, ríen. Se miran los pies y buscan carafunchos. Vuelven a beber.

Los primeros zapatos se los regalan para ir al baile, pero Flora va con las botas de goma puestas y los zapatos en la mano para no estropearlos. Cruzan así la isla, con el vestido y las botas de agua por los caminos de tierra que recorren las vacas. Cuando llegue se calzará los zapatos y dejará fuera las botas. Conocerá a Andrés O Chopo y allí echaran unos bailes, se montará la riculera. También los echarán Pepita Pisca, A Trantrana, A Juapa. Y su hermana conocerá a un hombre que alquiló una dorna para ir al mar por una peseta, y ese será su apellido: Peseta.

Flora y Andrés O Chopo se casarán un martes de enero, hará frío. Flora vestirá traje negro aunque no esté de luto. Escote barco. La tela ajustada en la cintura y luego acampanada hasta la rodilla. La manga pasando del codo, sin llegar al puño. En la cabeza llevará un casquete con un tul que le tapará la cara. Será un día feliz. Así lo recordarán.

O Chopo se embarcará en el extranjero. Cada vez que salga

de la isla la echará de menos y cuando vuelva, cuando el puente ya esté hecho, dirá que los pulmones se le aquelan, reconocerá el olor de ese mar, dirá miña terriña, meu lar.

Abuela dará a luz en una cama de las casas baratas y, cuando nazca mi madre, abuelo no volverá a embarcarse.

En la casa no tendrán agua y tendrán que ir al pozo para llenar el depósito que está en el faiado. Abuela cogerá las manos de mi madre como si fueran las suyas y pondrá una pastilla de jabón en el medio. Las dos se lavarán las manos a la vez y mi madre aprenderá a hacerlo y dejará las manos muertas para que dure más, para que su madre sienta que todavía necesita cogerle las manos como una muñeca, abrirle los dedos con cuidado y limpiar las cuevas donde a veces se esconde la tierra.

La casa verde será la casa de los Chopos. Todos la llamarán así en el pueblo, menos nosotros, que la llamaremos simplemente casa. Muchos años después, abuela bañará a cada nieta porque es la única que sabe tratar a los bebés que todavía tienen el cordón umbilical pegado. Vigilará el momento en el que se caiga. Lo guardará con cuidado en un cajón de la cómoda.

Cantará con las ventanas abiertas las canciones que después repetirá en la iglesia. En el pueblo recordarán su voz por encima de las mujeres que sisean en misa. Enseñará a sus hijas a enterrar las manos en la playa, a leer los huecos que dejan las almejas. Nos enseñará a las nietas a no silbar de noche, a barrer debajo de las camas, a doblar las sábanas acercando los cuerpos. A preparar el agua de San Juan antes de que el sol se ponga. Plantará rosas, dalias, patatas. Tendrá gallinas y pollitos, y me dejará ir a buscar los huevos.

Abuela sabrá adivinar mi estrabismo, la falta de hambre, las piernas cruzadas, el llanto. Le dirá a mi madre que vaya a casa de la Manuela. No cerrará la puerta con llave para que todo lo

que entre tenga por donde salir.

O mal do aire

Estoy sentada en el regazo de una anciana que no conozco. No es la primera vez, pero de las otras no me acuerdo. Séntama no colo, se lo pide ella a mi madre. La mujer casi no ve, pero cuando me toca le cambia el gesto, la expresión de los ojos ciegos, la postura, como si en vez de tocar el cuerpo de una niña estuviera tocando una premonición.

Mamá decía que yo veía un hombre en la ventana y que le hablaba. Cada vez menguaba más, y las visitas al médico siempre tenían la misma respuesta. La niña no tiene nada. Pero la niña sí tenía. Algo me hacía sombra de noche. A mí me rondaba un mal que no era de este mundo, un mal antiguo que se acercaba a los niños de la isla que eran almas abiertas y los chupeteaba por dentro, quitándoles el ánimo. Así le dijo la bruja a mi madre.

Hay una bañera pequeña encima de la mesa donde solía estar el frutero. La misma que sale en las fotos del álbum familiar en el que aparezco desnuda con la cadenita de la Cruz de Caravaca, donde mi hermana llora mientras alguien le sujeta la cabeza como si la estuvieran bautizando, donde se bañaron también mis primas. La cocina es el lugar en el que se celebran las visitas los domingos y también los rituales para sacar espíritus.

Estoy desnuda en una bañera con hierbas. Manuela me pasa la mano por la columna vertebral y dice que es bastante tarde ya, que la cosa está muy avanzada, que lo va a intentar. Me

lava mientras reza unas oraciones que no entiendo. Mi madre y mi abuela miran todo a cierta distancia, con toallas limpias en las manos. Tendréis que lavar la ropa de la niña y echarla a secar en un lugar donde no le dé la luz, dice la mujer. Durante siete días mi ropa se lavará por separado a la del resto de la casa. La dejarán colgada al lado del pilón, debajo del tejadillo del antiguo alboio, para que no le dé el sol. Atarán las hierbas con las que me bañen en las vigas del faiado y colgarán como muertitos a resguardo de la luz. El mal tiene que disolverse en su propia sombra. Durante siete días mi madre y mi abuela recorrerán el camino que va desde su casa a la casa de la anciana y la ayudarán a caminar porque casi no ve. Siete días en los que esa mujer que apenas se aguanta en pie me bañará a oscuras mientras lloro.

El último día de baño, Manuela les pedirá que se acerquen. Ellas llevarán en las manos una toalla de casa que se escurrirá por los lados como el pañito del cura. La ofrenda seré yo. El agua estará turbia y por eso no se darán cuenta en ese momento y tampoco cuando envuelvan mi cuerpo. No será hasta que abran la toalla cuando vean el racimo de pelo. Pelos largos de alguien que no soy yo, pero que se ha venido a vivir conmigo. Eran de mujer, dijo mi madre.

Astromelias

No sabemos si la abeja se hace la dormida o está muerta. Lupe y yo la miramos con la curiosidad de una infancia que ya nos queda lejos. Somos dos adultas sintiendo el pellizco de las madres que esperan por sus hijos. Que les meten el brazo dentro de la cama para que no cojan frío y someten bien las sábanas hasta que las puntas de los pies se mazan. Y echan una cucharada de más, por si acaso. Pensamos en acercar la nariz para descubrir su olor, pensamos en recitar cuatro esquinitas tiene tu cama. Creemos que quizá nos oiga desde alguna parte. Lupe mueve la flor en la que descansa la abeja como quien intenta despertar a un muerto. Su cuerpo se deja hacer, acunado por el sonajero de la mano.

Recuerdo la cama de arena, el nicho abierto donde nos enterrábamos de niñas, después del bocadillo. La playa hecha de piedra machacada y conchas y palitos de madera. Las algas secas enredadas en el pelo como el velo de una novia. Lupe y yo jugando a hacernos las muertas. Me pido ser enterrada primero. Lupe junta las manos como si fuese a beber de una fuente y me echa arena encima hasta que solo se ve mi cara, las curvas de las rodillas aprisionadas como dos montañas viejas que quieren salir y hacerse volcán de nuevo. Entonces le digo que ya vale. Lupe se pone a escarbar como un perro hambriento, sus manos me desentierran y mi cuerpo sale poco a poco como si acabara de nacer. Pero cuando me toca a mí no quiero ser un perro. Juego a ser una madre que se enfada. Lupe quiere salir y yo le digo que todavía no, que el castigo se termina cuando suba la marea.

La abeja mueve las alas y se despierta. No nos escapamos porque queremos ver cómo vuela. Sentimos los pinchazos en el vientre como si fuésemos nosotras la flor. Voy al baño y el pis es más amarillo, la boca sigue encarnada de anoche y pienso en la piel de las astromelias, en las manchas moradas y gualdas.

Lupe se sienta de espaldas a la ventana. Yo le acaricio el pelo y se lo estiro para ver hasta dónde llega. Le cuento que por las noches sueño que hay alguien de pie mirándome al lado del armario. Me dice si he conseguido hacerme amiga del fantasma. Se ríe. Yo le sigo contando historias de la isla que la gente nueva no cree, del continente, los forasteros, el agua de hierbas que se hace antes de que el sol se ponga, la Cajoñana. Le cepillo el pelo como si fuera mi hija y así creo que le quito el miedo y me lo quito a mí.

Empiezo a separar la melena en tres partes para hacerle un periquito como lo hicieron mi madre, mi abuela, la bisabuela Juanita. Podría tirar suavemente y una hebra de pelo saldría de la trenza de Lupe como si su cuerpo fuese ropa vieja. Podría mirar dentro de su pelo y también encontraría el mar. Las huellas de las mariscadoras clavadas en la tierra. Tía Carmen con la cacharreta llena de almejas. Las olas saltando por encima del muelle.

Hay días que solo quiero ordenar las sobras del plato y conjurar a mis abuelos en cada miga.

Gradisela

Los estralotes hay que agarrarlos con la mano sin heridas. Para explotar los estralotes hay que explotarlos sin sangre para que no entre el veneno. El capuchón es violeta y dentro tiene los restos de la piel de un tigre. La flor quiere que el bicho entre, no se esconde, se pone morada para destacar en medio de la hierba. Crece con un montón de hijos colgando, capuchones cerrados que te llaman para que vayas. Esperan tu llegada, te mecen como alguien que te quiere mucho y de tanto quererte te asfixia. A Berta se le afloja la piel de los nudillos, su mano vuelve a abrirse. Mira esos pájaros haciendo casa por fuera. Su dedo señala al tejado. Me asomo a la ventana y veo la mitad de un gorrión que desaparece por el canalón de la casa. Al rato llega otro con ramitas en el pico. La última vez que vi a Berta en el cementerio, no paraba de agarrar su piedra de ojo de tigre. Sobaba el collar con las manos como si quisiera quitarle brillo. Hoy la piedra se balancea sola con los movimientos de su cuerpo. Ligera.

Cuando el sol, baja los escalones rebotan la luz y parece que la muevan, como si la luz fuese la sangre corriendo. Imagina que estás delante de una pirámide que mide lo mismo que cuatro cementerios como el nuestro. Berta me lo dice sin apartar la vista. Lo que no creerías es que dentro se esconde una copia, la pirámide verdadera. Lo de fuera es piel muerta. Se agarra la piel de la mano y aprieta. La ropa que la pirámide de verdad se pone para que no consigas ver su casa.

Maruja escucha desde el sofá todo lo que dice su hija con el gesto complacido de la maestra que recibe la lección bien

aprendida. En la mesa de la sala hay un limón con el ombligo hacia fuera y la piel llena de cráteres. Berta lo agarra con una bolsa y me lo da. El limón hay que cortarlo con guantes y ponerlo debajo de la cama o encima de la alacena. Ponlo donde no se vea. Si a los pocos días se vuelve verde es que hay alguien más en casa.

Berta y Maruja me acompañan a la entrada. La hija ayuda a la madre a levantarse del sofá. Berta extiende el brazo de su madre por detrás del cuello como si fuese una bufanda. Nunca le suelta las manos, pero no las agarra con la hostilidad de las cadenas que amarran a los barcos y los perros. Sus manos se dan la paz, forman una cadeneta. Los brazos son cabos y se agarran como si las dos estuviesen sosteniéndose. No existe la madre enferma. La hija no la aguanta. La hija baila con ella y se transforman en un cuerpo. Sube el pie a la acera y la pierna toma la forma de asiento. El cuerpo de su madre descansa en el muslo de Berta. Sin el bastón le flaquean las piernas. Berta echa el torso hacia atrás para equilibrar el peso. No le hace falta mirarla. Bailan como los enamorados en el Regueiro bailan el vals de las mariposas, sin mirarse los pies.

El limón hace peso hacia abajo y mueve la bolsa mientras camino de vuelta a casa. La isla está quieta porque hoy el viento no sopla y parece que escucha. Una gaviota lleva algo grande en la boca. La comida se desprende y cae de nuevo al mar. Un brazo del alimento queda prensado en el pico.

Las estrellas de mar tienen el cuerpo duro hecho de brillos y espinas. Por debajo un montón de filamentos las mueven y parecen los pies de los marineros cuando sacan a pasear la virgen por el pueblo. Van a pasos cortos y seguidos y la virgen camina recta, como deslizándose por las aguas. Los pies llevan el disfraz del cuerpo.

Las estrellas saben soltarse cuando tienen miedo. Su cuerpo se separa del trozo que no vale, el que está magullado, el que el otro animal atrapa. Y no pasa mucho tiempo hasta que vuelve a nacer un brazo diferente, haciendo de la misma estrella una nueva.

Furo

Hay noches de mal dormir. Una cae a un lado del sueño y a la mañana siguiente se levanta con la ropa arremolinada a la altura de la rodilla, los pelos inflados, el curuto abierto. Ahí es donde empieza la fractura, la montañita de pelo hacia un lado, imposible de peinar, herencia materna. Una cicatriz es un resto, el bisel de la tierra arañada por la legoña, lo que altera el estado natural de una misma, aunque dure lo que dura un lavado.

Me imagino el cuerpo de mi madre como un bordado por detrás, con los hilos que desordenan el dibujo y lo enredan. Es posible seguir las marcas y completar el cuerpo. Entender la forma de los pies, la pierna más larga que desequilibra la cadera, las cargas que se acumulan en la cruz de la espalda. La piel es el lienzo que tapa la cicatriz. Nadie puede ver el dolor.

Tía Carmen ya no lleva la braga del biquini alta. Ahora luce la carretera que marca donde estaba el apéndice. Es un camino de tierra estrecho, de esos que levantan polvo siempre que pasas, que se ponen oscuros y lamosos al mojarse, y luego vuelven a brillar cuando se secan. Tiene la finura del arañazo de un gato y le recuerda que sigue aquí. Si sus hijas lo recorrieran con el dedo encontrarían el camino para volver a meterse dentro.

La punta de la paleta derecha de Lupe es de mentira. La de verdad se la llevó su hermana hace años mientras jugaban. Lupe paseaba los dedos por las costillas de su hermana como si fuera un xilófono. Buscaba los puntos donde le daba más risa, donde ya no podía aguantar más. La hermana quería zafarse, se

revolvía. En uno de los movimientos levantó con fuerza la cabeza, que topó con la de Lupe. Sus gafas quedaron incrustadas en el lugar exacto para partirle el diente como un pipa. No le dolió. Debió de darle en uno de los puntos de abrefácil del cuerpo, esos que solo necesitan ser tocados para separarse del resto. Sintió gravilla, trocitos del diente deshecho bailando en la lengua. Anduvo fanada varias semanas, riéndose con la mano delante de la boca.

Al bajar desde el nacimiento del pelo hacia el ojo izquierdo, un hueso de la frente de Maruja sobresale un poco, como si quisiera convertirse en cuerno. Lleva la sombra de los puntos que le dieron el día que el vecino le tiró una piedra. Ella le había sacado la lengua. La marca del primer amor.

En el dedo corazón de la mano izquierda, justo donde nace la uña, un montoncito de carne más dura se eleva. El callo de la escritura. Fue la primera en su familia en tenerlo. A veces lo acaricia como se acarician las fotos de las mesillas de noche y recuerda cuando escribía cartas y hacía las notas de lo que había vendido en el mercado.

Debería haber también, en algún lugar de la cabeza de Berta, una pequeña alteración de la curva del cráneo después de que la tuvieran que sacar con fórceps y ventosa, cuando su madre ya se pasaba de largo de los nueve meses. En la nalga derecha lleva un círculo a compás de la vacuna en mal estado que le dio sor Juliana unos años después. Por suerte la marca no ha perdido su simetría.

Cuando llega el frío, Saladina lo siente un día antes. Al final de la espalda baja una cicatriz dentada, una pequeña cremallera donde le quitaron un quiste. Dice que tiene la piel saturada, como si alguien frotara mucho rato en el mismo sitio, y ahora las caricias le duelen.

La rodilla izquierda de Elcinia raspa más que la derecha, de tanto hacer equilibrios por los tejadillos de los alboios. A la

vista no se nota, pero si pasa la mano siente que la piel es de kiwi. De pequeña jugaba a contar los moratones de las piernas cuando se tumbaba en la cama. En la verbena de San Ramón vende rosquillas y la llaman solteirona por no andar con ningún hombre. Ella les contesta que no hay ninguno bueno, porque todos tienen lana en la cara como los carneros.

Lolita se agacha, hunde el dedo en la arena y su dedo es una legoña. Lo entierra en los agujeros que hacen las almejas, que son como cara de la luna cuando deja de mentir y se pone llena. Se redondea ella también acercando su cuerpo a la arena. De lejos, parece uno de los arcos del puente por donde se puede cruzar cuando la marea está baja.

Dicen que lleva la falda larga para taparse la pierna de mentira. Nadie la ha visto porque Lolita nunca se remanga y, si hace calor, se viste más fresca, pero siempre lleva medias debajo. Que se quedó así de niña por culpa de la madre, que se olvidó la olla del pulpo al fuego y al ir a tender la ropa la niña entró en la cocina y vio aquellas burbujas saliendo que le recordaron a las burbujas que salían en las revistas de la taberna y ella, que nunca se había dado un baño, quiso probar el agua.

Que le pasó cuando fuchicaba donde no debía porque Lolita tenía la sangre de los gatos, que miran mejor de noche. Que oyó un ruido y al salir con prisa no miró el suelo y metió la pierna en una zanja y la zanja se quedó la mitad. Que todas las mujeres de su familia tienen las piernas que parecen vigas de batea y a ella la pierna le salió mala porque cuando la madre la hizo se veía con un pescadero que tenía los brazos como los pontones y así quedó ella, con la pierna flaca como un brazo que poco le aguantó y tuvieron que hacerle un apaño.

Lolita sube de la playa con la tasa llena. Lleva la cacharreta con las almejas que ha mariscado en Gradín. Fuerza un poco más el bamboleo de las caderas, deja que la miren y hace que

no se da cuenta. A veces se para y en un rictus fingido se rasca la pierna mala, como le dicen los demás, y ríe sin sacar la sonrisa para que no la vean. Y cuando baja al pueblo, no se molesta en corregir a nadie. Deja que hablen y le llamen ortopédica. Al llegar a casa se quita las medias y caen al suelo las almejas japónicas y los relojitos que echará después a los fideos.

Si lijáramos la boca de un volcán hasta que solo fuese un cráter en la tierra, semejante a la marca que dejan en la arena las primeras gotas de lluvia, si hiciéramos eso, podríamos ver la piel de Lolita. Los granos llegaron mucho después de ser adolescente. Los granos dan un relieve a la persona no escogido. Por las mañanas camina hacia el baño e intenta no mirarse en el espejo hasta que hace pis. Cuando acaba, se coloca delante y se va acercando sin encender la luz. Mantiene la mirada frente al espejo unos segundos y se aleja. Sonríe un poco, mira cómo se mueve su cara, mira las arrugas, los surcos. Camina por encima de la piel con los dedos. Tira hacia los lados, tensándolo todo, y después de unos segundos, suelta. Vuelve a arrimarse hasta que casi toca el espejo con la punta de la nariz. Se acerca tanto que parece que vaya a saltar dentro.

Pero Lolita guarda la cicatriz más grande en una caja al fondo del armario. Dentro sigue el abrigo apolillado de su padre, de cuando la guerra en el continente. De cuando los de la isla escribieron el nombre de un país propio en papel de estraza y después fueron buscando uno a uno a todos los que habían celebrado la independencia. Como si la alegría dejase un rastro que se pudiera oler. Encontraron a su padre escondido en un armario con el abrigo puesto como un pájaro que tiene frío y se lo llevaron al continente. Y más tarde, en esa caja que Lolita guarda, llegó el abrigo azul marino lleno de agujeros, como un colador.

Hubo un momento en el que todas tuvieron tanto miedo que

hicieron muñecos para que los espíritus se divirtieran y las dejaran en paz. En la isla, para creer en lo bueno, hay que creer también en lo malo. Por eso, antes de salir de casa, Lolita se santigua en la puerta y saca primero el pie derecho y luego el izquierdo. Berta coloca una rama de olivo encima de la puerta del baño y una ristra de ajos secos debajo de la escalera. Cuando se hace de noche, Flora y Carmen no silban para no llamar al trasno. Elcinia no tiene espejos delante de la cama. Maruja echa sal gorda en el marco de las ventanas. Por eso Saladina se ahúma con laurel cada vez que alguien la visita después de ir al cementerio. Y Lupe nunca sopla las velas. Se humedece las yemas con saliva para apagarlas con los dedos, para no soplar ninguna vida. Por eso yo tengo un limón cortado por la mitad debajo de la butaca del salón, esperando a ponerse verde.

Filloas

Primero se restriega manteca por la sartén y entonces se vierte poco a poco con el cazo el líquido de las filloas. Las burbujas se deshacen con el calor y la masa se une por donde quiere, a veces deja huecos. Mamá ve la forma del mundo, tía Carmen un pájaro volando, y estira un trozo del roto para alargar el pico. Después sujeta la filloa con las dos manos, se la pone delante de la cara y me pregunta si me acuerdo de aquel día, vestidas de liborio. El mantel de ganchillo, el pelo y las manos tapadas. Trucar la voz. Si esta fuese la careta no durabas mucho disfrazada, dice, y vuelve a restregar la sartén. Las filloas hacen torre en el plato y las hojas hacen ruido fuera. El sonido amortiguado de lo que no se apaga.

El viento sacude también las sábanas en las que se proyectan las sombras de las gallinas que peteiran en la huerta. El plato de pulpo tapa el espacio quebrado del mantel a cuadros como si fuera una rodillera. Huele a sal gorda y pimentón. Una luz amarilla se desparrama en mitad de la mesa y en mitad del cuerpo de mi tía, que me mira animándome con la cabeza a que lo pruebe. Lo hago y ya no me pica la lengua. Me he acostumbrado a la sal.

Doy un trago al vino morado, que me tinta los dientes y la comisura de la boca.

Al final de la taza el vino se escurre formando ondas deshechas. Mi tía Carmen la mira y sonríe. Me ha salido la flor.

Unos trozos de pan hacen balsa en el aceite rosado del plato mientras mi madre y mi tía lo chuchan dejándolo limpio. Chocamos y bebemos el vino, que nos deja la barriga y la boca

calientes. Comemos las filloas con hambre, como si fuera la primera o la última vez.

Mi tía corta el pan con las manos y lo reparte. Hundimos los pulgares en la corteza, lo desabrochamos para meterle los trozos de pulpo y que el pan sude. Ya no pienso en que cuando acabe el bocadillo encontraré enterrado en la miga algún mensaje, algún tentáculo rizado que simule la vocal por la que empieza el camino que tengo que seguir. El verano se acaba y no necesito pistas.

Cada cual hace sus Américas. Lo que traigas de vuelta quizá no sea exótico, nada que enmarcar en una pared, ni contar en alguna reunión con mucha comida y mucho humo mientras la gente te mira esperando algo que pueda servirles. Nada por lo que felicitarte. Pero el hecho de salir para volver ya es suficiente. Tirar del cordón umbilical y estirarlo hasta que sea como los cables de los tendidos eléctricos.

La campana de la iglesia toca a muerto. Suena al mugir de una vaca, a la sirena de un barco cuando llega después de un viaje más largo de lo que esperaba. El sol ahora es un hilo que se agarra al mandil de tía Carmen. Nuestros ojos rellenan la luz que queda en la cocina, los cuerpos no necesitan nada más. Estamos preparadas para no buscar.

Jarroa

La marea va bajando y dibuja ondas a lo largo de la playa.

Un par de lanchas cruzan la ría y amortiguan el tañido de las campanas de la iglesia. Las moscas van a morir y lo saben, por eso muerden.

El mar está picado, como si le estuvieran pasando corriente.

Nado fuera de cala, me hago la muerta. Unas golondrinas pasan volando y los pensamientos ya no hacen peso. Floto. Mi cabeza descolla por encima del agua como un pescado que sale a coger aire.

Al salir, las pulgas se precipitan por los huecos que dejan mis pies.

La arena es fina y hay un montón de jaspallada.

Pasan cuervos y graznan tres veces. Después silencio.

Las olas babean la orilla. El atardecer se refleja en el agua como un incendio.

Llevo escamas de cuarzo pegadas en las piernas y brillo como si tuviera piel de sirena.

El sol se esconde detrás de la montaña. Deja el cielo como una cáscara madura.

Es el último día de verano. Llega una brisa fresca.

Se ha levantado jarroa.

Agradecimientos

Gracias a las mujeres de mi familia por hacer de su casa la mía.

A mi madre, que siempre entendió que yo era un pájaro y no un tobogán.

A mi hermana, por enseñarme a desenredar el pelo.

A mi abuelo Andrés, que fue como un padre. Gracias por atravesar la muerte y no dejarme nunca en todos estos años.

A mis abuelas, que siguen también conmigo. Por enseñarme a dibujar mi primera planta, por ahumarme con laurel para ahuyentar lo malo. Gracias por hacerme la merienda. Yo no sé lo que es andar descalza en invierno, hundir las manos en la tierra, ir a coger agua al pozo. Tener el cuerpo cansado y aun así ser casa. Gracias por enseñarme que la vida es suficiente. Todo lo que soy se lo debo a ellas, que estuvieron antes, preparando el terreno.

Gracias a mis amigas escritoras: Raquel, Gádor, Lucía y Eva, por nadar juntas. Por todos los luscofuscos.

Gracias a Mercedes Halfon y María Fernanda Ampuero, por la escritura compartida y por regalarme palabras de amor.

Gracias a Jose, por llevarme a aquella librería en la que encontré un hilo del que seguir tirando. Por enseñarme lo que es el buen querer.

Gracias a mi editora, Sabina Urraca, por acompañarme en este proceso tan increíble e ir de ganchete conmigo por la isla. Mirando cómo los cormoranes abrían las alas para secarse en aquellas rocas, dejando que cada gota cayera libremente, sin sacudidas. Ayudando a que todo fuese mejor. Gracias por todo el apasionamiento. Por creer en mi escritura y en el libro. Por

despertar en mí las ganas de volver a escribir cuando aún no nos conocíamos.

Gracias a mi isla. Por haber sido escondite y refugio todos estos años. Por darme un lugar al que agarrarme cuando el mundo abanea.



Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces de la literatura hispánica

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

AÑO 2015:
ELVIRA NAVARRO

«He privilegiado las ficciones que establecían un diálogo crítico con el presente. La mayoría de los libros que he seleccionado tratan sobre la identidad y las herencias en todas sus variantes, temas estos que también protagonizan mis escritos.»

La cosecha de Elvira Navarro dio con uno de los éxitos más destacados de la editorial: *El comensal* (Premio Euskadi de Literatura), una novela autobiográfica en la que Gabriela Ybarra trata de comprender su relación con la muerte y la familia a través de dos sucesos: el asesinato de su abuelo a manos de ETA y el fallecimiento de su madre. Algunas de las obras que conforman el año de Elvira Navarro versan también sobre las herencias políticas y familiares, teniendo el conjunto de su catálogo los legados como hilo conductor.

TÍTULOS PUBLICADOS

La edad ganada,
Mar Gómez Glez

Sin música,
Chus Fernández

Yosotros,
Raúl Quinto

La vida periférica,

Roxana Villarreal

Fuera de tiempo,
Antonio de Paco

El comensal,
Gabriela Ybarra

Meteoro,
Mireya Hernández

Filtraciones,
Marta Caparrós

AÑO 2016:
ALBERTO OLMOS

«Pretendo que el conjunto de los títulos que se publican bajo mi interinidad conforme un despliegue coherente, un discurso; una conversación.»

Alberto Olmos cuenta entre sus apuestas como editor de Caballo de Troya con el IV premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez. Los relatos de *El estado natural de las cosas* se adscriben en el género fantástico, pero lo modulan y deforman para volverlo a su vez denuncia y retrato de los tiempos que nos ha tocado vivir. Un éxito similar ha tenido *La acústica de los iglús*, conjunto de cuentos en los que la matemática de la música y de la vida arrojan el resultado sonoro que registra la mirada única de su autora. Las cuatro novelas que cierran las apuestas de Olmos se suman al diálogo que quiso abrir como editor, una conversación sobre el pasado,

sobre la corrupción moral y política; un diálogo lírico sobre la supervivencia y la comprensión.

TÍTULOS PUBLICADOS

La pertenencia,
Gema Nieto

Los primeros días de Pompeya,
María Folguera

La fórmula Miralbes,
Braulio Ortiz Poole

El estado natural de las cosas,
Alejandro Morellón

La acústica de los iglús,
Almudena Sánchez

Felipón,
David Muñoz Mateos

AÑO 2017:
LARA MORENO

«Hay algo que atraviesa cada libro que he escogido y los une: la voz de cada uno, la búsqueda de comunicar a través de lo literario, el grito que la narrativa supone en la vida del escritor. Por eso están ahí.»

Lara Moreno inauguró su año en Caballo de Troya con *La hija*

del comunista, reconocida con el premio El Ojo Crítico. Esta novela íntima atravesada por la Historia cuenta la vida de unos exiliados republicanos españoles en Berlín, antes de la construcción del muro, durante y después de su caída. Cruzadas en su práctica totalidad por las experiencias personales de sus autores, las obras seleccionadas por Lara Moreno comparten una voluntad de entender. Sus autores interrogan a su pasado o a su presente rebuscando en las raíces de su familia, en situaciones laborales llevadas al límite o en los rincones del mundo y la literatura que acaban conformando nuestros destinos individuales.

TÍTULOS PUBLICADOS

La hija del comunista,
Aroa Moreno Durán

Hamaca,
Constanza Ternicier

Televisión,
María Cabrera

Animal doméstico,
Mario Hinojos

Madre mía,
Florencia del Campo

En la ciudad líquida,
Marta Rebón

AÑO 2018:
MERCEDES CEBRIÁN

«El catálogo de 2018 es verdaderamente polifónico; lo he seleccionado confiando en mis corazonadas y en mis años de experiencia en el mundo literario.»

Mercedes Cebrián ha escogido cuidadosamente seis historias que conforman un abanico narrativo ciertamente heterogéneo: desde los diarios de una adolescente española en los años noventa en *Y ahora, lo importante*, hasta las descripciones de una región gobernada por la oscuridad, en la que un mineral recoge las voces de sus habitantes, en *Umbra*. Destacan también las experiencias de *Florentina*, una mujer que tuvo que emigrar de Galicia a Argentina a principios del siglo xx en busca de una vida mejor. Junto con el resto del catálogo ideado por Cebrián, estas tres apuestas nos acompañan en un viaje por distintas épocas y espacios que, como toda buena travesía, nos cuestiona y nos enfrenta con nuestra propia realidad.

TÍTULOS PUBLICADOS

Y ahora, lo importante,
Beatriz Navas Valdés

Las ventajas de la vida en el campo,
Pilar Fraile

Florentina,
Eduardo Muslip

Para español, pulse 2,

Sara Cordón

Umbra,
Silvia Terrón

Maratón balcánico,
Miguel Roán

AÑOS 2019-2020:
LUNA MIGUEL
Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ

«Nuestro deber aquí también era anunciar, asentar y reivindicar lo que tímidamente se había mostrado como la literatura de una nueva generación, esa cuyas fechas de nacimiento oscilan entre mediados de los ochenta y principios de los noventa, y que, por mucho que lo hubiera intentado, tardó en encontrar su espacio.»

Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez hilvanan el grito generacional de una nueva ola de autores y pensadores. Las distintas voces intentan remendar, o al menos explicarse, las fisuras y los desgarrones que las expoliaciones de la sociedad moderna han causado en los jóvenes. Hay reflexiones incómodas que indagan en las masculinidades tóxicas y en los feminismos, hay vértigo ante el paso a la edad adulta, historias de migración e identidades partidas, un relato del aborto clandestino en Chile o una perspectiva íntima de trabajadores de una corporación dedicada a la evasión fiscal. Hay poesía, emoción e ironía para cuestionar, observar y desmontar los roles de género, la precariedad y la política.

TÍTULOS PUBLICADOS

Game Boy,
Víctor Parkas

Cambiar de idea,
Aixa de la Cruz

Ama,
José Ignacio Carnero

Había una fiesta,
Marina L. Riudoms

Listas, guapas, limpias,
Anna Pacheco

Cómica,
Abella Cienfuegos

Litio,
Malén Denis

Rein,
Elizabeth Duval

Animal de nieve,
Dara Scully

Nada ilegal, nada inmoral,
Adrián Grant

Desencajada,

Margaryta Yakovenko

Y tú, ¿tan feliz?,
Bárbara Carvacho

AÑO 2021:
JONÁS TRUEBA

Jonás Trueba toma el relevo como editor conformando un catálogo de autores genuinos que traspasan la representación de un pulso generacional. Así pues, las voces de este año ofrecen distintas miradas y épocas, desde la recuperación de una obra que trasciende la actualidad y cuyo autor falleció de forma prematura, pasando por una historia que reflexiona sobre las herencias sociales y familiares, hasta llegar a un autorretrato emocional narrado con un extraordinario lirismo poético. También cuenta con un libro generoso e inspirador que pone de manifiesto los senderos creativos de varios autores, y dos obras con las que resistir al desconsuelo de la realidad de formas muy distintas: una, a través de la compasión humana, y otra, a través dela belleza de la música y los paisajes de otras vidas.

TÍTULOS PUBLICADOS

Todo sigue tranquilo,
Chusé Izuel
Todo sigue tranquilo,
Chusé Izuel

Niños aparte,
Julieta Valero

Casa se busca,
Socorro Giménez

Cuadernos,
Andrés Di Tella

La parcela,
Alejandro Simón Partal

Vilnis,
Bárbara Mingo

Todos deberíamos romper,
Marta Gordo

La Navidad de los lobos,
Fran Gayo

Gente que ríe,
Laura Chivite

Las mejores condiciones,
Manuel Pacheco

Proletaria consentida,
Laura Carneros

Llego con tres heridas,
Violeta Gil

AÑO 2023:
SABINA URRACA

«Quise portadas neutras: doce nadas sobre las que pudiesen brotar, en forma de fotografías, los secretos escondidos en esos libros. Ese misterio que palpita en cada imagen solo podrá desentrañarse abriendo el libro, entrando en él». En su primer año como editora invitada, Sabina Urraca buscó rarezas e intentó mirar hacia lugares que no le quedasen muy de paso: Tenerife, Cuba, Huesca, Alcalá de Henares, Medellín, y una casa cerrada al mundo en el sur de Madrid. Quiso también continuar un propósito: no claudicar en la artesanía de la edición, frotar cada tesoro con el brío necesario, pero siempre con cuidado de no borrar su misterio. Seis libros, seis misterios: desde un relato salvaje sobre la infancia y los abusos sexuales que se lee como una partida de game boy, pasando por un retrato furioso del sistema patriarcal y opresor de la Cuba actual, hasta una obra que ahonda en los afectos truncados y la amistad masculina. También hay cabida para una colección de relatos extraños y delicados que es todo un manual de observación de la vida, una novela sobre una familia de Medellín dedicada a la música y al espectáculo en la que brillan las lentejuelas y, por último, una obra íntima y asfixiante que desmonta con fiereza la institución de la familia.

TÍTULOS PUBLICADOS

Leche condensada
Aida González Rossi

La puta y el hurón
Martha Luisa Hernández Cadenas

Los bloques naranjas
Luis Díaz

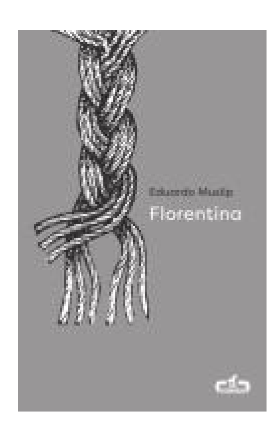
Se te oscurece el pelo
María José Hasta

Ya nadie canta
Manuela Espinal Solano

Papá nos quiere
Leticia G. Domínguez

Estos son los misterios que encierra este año el caballo. Una vez dentro de la ciudad fortificada, abramos la trampilla de

Si te ha gustado ***Jarroa,*** te recomendamos:



FLORENTINA (2018)
Eduardo Muslip

«El viaje de mi abuela desde Galicia hasta Buenos Aires fue muchísimo más largo que mis veinte horas de ómnibus». El nieto de una gallega que emigró a Argentina a principios del siglo xx construye el retrato mordaz de una mujer que pasó su vida adulta en un lugar que sentía ajeno. Muslip describe dos mundos: la Argentina que recibía oleadas de inmigrantes y una España de atraso y penurias cuyos habitantes buscaban una vida mejor en Latinoamérica. Mediante la evocación del carácter de esa abuela de armas tomar, de los recuerdos de la niñez de Florentina en Galicia y de su habla -a caballo entre el gallego y el castellano-, el autor realiza un exquisito ejercicio de reconstrucción de su propia memoria y de los espacios y tiempos perdidos de su pasado.



MADRE MÍA (2017)
Florencia del campo

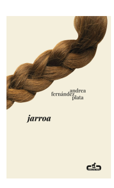
A un lado del océano, una madre con cáncer. Al otro, una hija buscando su lugar, su identidad, su libertad imposible. *Madre mía* es una autoficción sobre el dolor, sobre la pertenencia y sobre la familia. En esta novela, Florencia del Campo traza un recorrido descarnado y honesto a través de los elementos que delimitan las filias: la culpa, el amor, el reconocimiento, la obligación, la distancia, lo extranjero de nuestra propia condición familiar. No hay pudor en esta historia, no hay respiro. La afilada voz literaria de la autora se mezcla en un arriesgado viaje con las múltiples voces de una conciencia sarcástica y necesaria y los diversos escenarios de las ciudades de acogida, y construye así un retrato implacable: por muy limpia que esté la herida, no se puede huir de la raíz.



HAMACA (2017)
Constanza Ternicier

Hamaca es el lugar de la infancia del que se huye. Aquel sitio donde hubo un refugio y de pronto está vacío, despojado. La adolescencia, esa bola de fuego, explota siempre en mitad de los veranos, también en lo alto de los cerros de Santiago de Chile. Hace cinco años, la madre de Amparo se fue a encontrarse a sí misma, y no volvió. El padre de Amparo se metió en una habitación a hacer puzles. La abuela de Amparo baila con ella en el salón. Amparo ha decidido cruzar la puerta del mundo de los adultos en un viaje tierno y psicotrópico. Pero, en ocasiones, el camino de los límites es turbio.

Una isla, un pasado, unas gentes que viven entre magias inexplicables y un lenguaje propio.



Existe una isla de la que la gente no se marcha, aunque hayan construido un puente. Y si lo hacen siempre vuelven, ya sea en vida o con los pies por delante. Es una isla que ata y amamanta como una madre colectiva. En ella viven mujeres que se ahuman con laurel después de ir a un entierro, que no silban de noche porque el silbido llama al trasno, que han parido a sus hijos en las casas baratas, hechas con arena de playa. Islas dentro de islas. Mujeres que saben ver más allá de la vida y lavan a los niños con hierbas y les quitan el mal do aire.

Jarroa es desencanto y enraizamiento, volver al lugar del que una vez quisiste marcharte. Niñas con los ojos muy grandes por donde se les mete el mundo y los espíritus. Gheada, seseo, truque. Querer huir y quedarse dentro, hacerse isla y dejar que la marea suba y baje. Recuperar lo que una vez se perdió: la vida y la muerte bailando juntas sin mirarse los pies. Lo cotidiano, la memoria y los mitos se mezclan en una novela sostenida por los rituales de un pueblo marinero donde sigue existiendo una sabiduría poderosa que las mujeres de la isla ya conocían antes de que llegara el puente. Esa magia hace de pegamento de todo un pueblo. *Jarroa* es una historia para mantener a la isla con vida.

La crítica ha dicho:

«*Jarroa* nos transporta a un paisaje que no existe. No se trata sólo de la isla donde transcurre esta historia, sino de ese lugar extrañamente cálido, hipnótico y sensual, donde nacen y crecen, como flores o como peces, sus palabras y su escritura».
Mercedes Halfon

«El gran prodigio de Andrea Fernández, además de su escritura: delicadísima criatura marina (brillo sobre la espuma, sardina frita, marisqueiras en un cuadro de Sorolla), es su voz casi atemporal, de bruja, de meiga, de eco en la isla que es también una mujer [...]. Presiento que este libro, tan poético, tan inteligente, tendrá un lugar muy importante en la nueva literatura española».
María Fernanda Ampuero



© Mei Morales González

Andrea Fernández Plata (A Illa de Arousa, 1985), estudió Comunicación Audiovisual en Madrid. Trabajó como redactora para *Faro de Vigo*, haciendo entrevistas y viajando en barca para cubrir degustaciones de mejillones. En 2009 estudió grabado. En 2010 viajó a Berlín con una beca de fotografía y fue seleccionada en los premios Injuve de Ilustración. En 2012 volvió a Illa de Arousa y convirtió el cuarto para guardar los aparejos de pesca de sus abuelos en La Platanera, una casa donde organiza talleres y residencias artísticas. En 2021 descubre a un montón de escritoras vivas que le fascinan. Se le desenreda algo dentro y escribe. *Jarroa* es su primera novela.



Primera edición: marzo de 2024

Edición a cargo de Sabina Urraca

ISBN: 978-84-17417-76-5

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: CaballoTroyaEd
X: @ CaballoTroyaEd
Instagram: PenguinLibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Índice